

Creaciones Sociales Artesanales A Través del Ruido:

“Banda Sonora” de “La Calle 18” de San Juan de Pasto en el año 2016.

Sordera de la Sociología

Ferney Caicedo Salazar

Universidad de Nariño

Facultad de Ciencias Humanas

Programa de Sociología

San Juan de Pasto

2017

Creaciones Sociales Artesanales A Través del Ruido:

“Banda Sonora” de “La Calle 18” de San Juan de Pasto en el año 2016.

Sordera de la Sociología

Ferney Caicedo Salazar

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Sociólogo

Asesor:

Vicente Fernando Salas Salazar

Universidad de Nariño

Facultad de Ciencias Humanas

Programa de Sociología

San Juan de Pasto

2017

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en este Trabajo de Grado son Responsabilidad de los autores.

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado por el Honorable Concejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de Aceptación:

Firma del Presidente del Jurado

Firma del Jurado

Firma del Jurado

San Juan de Pasto, Mayo de 2017

RESUMEN

Del entrecruce de música, sociología y poesía irrumpe esta indagación, preocupada por presenciar la plurisonoridad de la calle, por ende, plurisonoridad de un lenguaje que es distinto del cotidiano pero que hace parte de la cotidianidad, como ingrediente cultural y como “marca registrada” de construcción social que da cuenta de una nueva relación del cuerpo y de la sociedad con el espacio. Así, el interés por el estudio del ruido, en los fines de semana en “La Calle 18” de San Juan de Pasto en el año 2016, se difumina con el interés por indagar sobre los aspectos dinámicos de la cultura que influyen en la composición del ambiente sonoro.

Dicha meta tiene lugar a través del método del Ritmo-análisis (H. Lefebvre, 1992) y de la captura y elaboración de registros sonoros, mostrando al ruido como albergue de una pluralidad de percepciones, subjetividades y matices que arriban al espacio urbano. Un tema que va más allá de la concepción ambiental o ecológica; que es capaz de provocar la observación de la transformación de los usos del espacio urbano. Así mismo, el proyecto obedece a su objetivo prioritario de comprender la relación existente entre los consumidores de ruido, el sonido y la construcción del universo simbólico.

ABSTRACT

FROM THE INTERSECTION OF MUSIC, SOCIOLOGY AND POETRY, THIS INQUIRY BREAKS OUT, PREOCCUPIED WITH WITNESSING THE PLURISONORITY OF THE STREET, HENCE THE PLURALITY OF A LANGUAGE THAT IS DIFFERENT FROM EVERYDAY LIFE BUT WHICH IS PART OF DAILY LIFE, AS A CULTURAL INGREDIENT AND AS A "TRADEMARK" OF SOCIAL CONSTRUCTION THAT GIVES ACCOUNT OF A NEW RELATION OF THE BODY AND OF THE SOCIETY WITH THE SPACE. THUS, INTEREST IN THE STUDY OF NOISE, ON WEEKENDS IN "STREET 18" OF SAN JUAN DE PASTO IN 2016, IS BLURRED WITH THE INTEREST TO INVESTIGATE THE DYNAMIC ASPECTS OF CULTURE THAT INFLUENCE THE COMPOSITION OF THE SOUND ENVIRONMENT.

THIS GOAL TAKES PLACE THROUGH THE RHYTHM-ANALYSIS METHOD (H. LEFEBVRE, 1992) AND THE CAPTURE AND ELABORATION OF SOUND RECORDS, SHOWING THE NOISE AS A SHELTER OF A PLURALITY OF PERCEPTIONS, SUBJECTIVITIES AND NUANCES THAT ARRIVE AT THE URBAN SPACE. A THEME THAT GOES BEYOND THE ENVIRONMENTAL OR ECOLOGICAL CONCEPTION; WHICH IS CAPABLE OF PROVOKING OBSERVATION OF THE TRANSFORMATION OF URBAN SPACE USES. LIKEWISE, THE PROJECT OBEYS ITS PRIORITY OBJECTIVE OF UNDERSTANDING THE RELATIONSHIP BETWEEN THE CONSUMERS OF NOISE, SOUND AND THE CONSTRUCTION OF THE SYMBOLIC UNIVERSE.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	9
1. ENÉSIMA MADRUGADA.....	18
1.1 Desodorante acústico	21
1.2 Recuerdos traídos del silencio.....	22
2. ENTRE LAS OLAS DEL TRÁFICO Y LA SINFONÍA DEL ALMUERZO	30
3. EL BUS COMO INTÉRPRETE	34
4. ARISTAS: NODOS EN RESONANCIA	37
5. DESPUÉS DEL VÉSPERO	43
6. DOMINGO Y SU BATAHOLA.....	51
6.1 Los bostezos del séptimo día.....	52
7. TEATRALIZACIÓN SONORO CITADINA	55
7.1 Una Plaza para el Carnaval equivocado.....	55
7.1.1 <i>Viernes</i>	55
7.1.2 <i>Sábado</i>	58
7.1.3 <i>Domingo</i>	61
7.2 La República del Banco	63
7.2.1 <i>Viernes</i>	63
7.2.2 <i>Sábado</i>	66
7.3 A Merced de la patrona	69
7.4 Doña Lucha y su beligerancia	72
7.5 ¿Y la fuente qué?.....	76
7.6 Los ojos del bordón.....	80

7.7 El Éxito de la subsistencia.....	83
7.8 Las palabras de la epidermis	85
7.9 Las orejas en el vidrio	87
7.10 El otro lado de la ventana.....	89
7.11 Maniquíes.....	90
7.12 Evasiones en A.M y en F.M.....	90
7.13 Las cosas, los objetos	92
8. CONCLUSIONES	98
BIBLIOGRAFÍA.....	109

INTRODUCCIÓN

Había programado el despertador a las cuatro de la mañana; mientras hago pereza, me baño y preparo el desayuno, se hacen las cinco; eso pensé. Pero el gallo de Doña Magola (la dueña de la casa) abrió los ojos antes que todos. Una cosa es el animalito emplumado, y otra es cantando. Su coro ha dejado miles de vueltas en la cama y una eterna y vieja señal de que la mañana se acerca.

Y antes de que las cobijas terminen de escurrirse por el suelo, brota ese pequeño hábito de quedarse mirando largo rato hacia el techo. Miles de pensamientos pasan incesantemente, al tiempo que una alarma mal accionada en la lejanía pasa encima de mí. Oigo un mosquito como queriendo bombardear mi rostro, el silbato del vigilante anunciando la ronda respectiva, el viento que se refugia en el tejado, el estómago y los gruñidos de la gastritis y el gallo que no deja de dar señales.

Antes de abandonar la cama pensaba en el recorrido que tendría que hacer y en las posibles precauciones que implican salir a la calle a observar y capturar sonidos. Antes de levantarme el oído ya había iniciado esa tarea. El gallo se adelantó al sacudón del despertador y vertió recuerdos en la soledad y el silencio del momento.

Recuerdo que un día, en Túquerres, ensayaba con un grupo de rock en horas tempranas de la noche. Y como era de esperarse, las perturbaciones no se aguantaron ni un ratito. A los pocos minutos tocaron a la puerta. Eran los vecinos que pedían a gritos que dejáramos de hacer ruido. En ese entonces, fácilmente pude experimentar la enorme carga subjetiva que estremece al ruido, quien nunca define su cuerpo sonoro cuando se topa con culturas distintas. Recordaba también la primera vez que me regalaron una guitarra: soñaba y me veía en múltiples escenarios contagiando al público con algo de música, pues había escuchado alguna vez que la música es el arte del silencio. Aunque, John Cage (2002) comprobó constantemente que el silencio no existe porque nada es inmóvil; en un mundo vacío quedan los sonidos del cuerpo. Para él, todo es ruido. Del

mismo modo, Luigi Russolo (1916) observaba, a principios del siglo XX, que la música trabajosamente daba cuenta de lo que pasaba en la sociedad y cedía el paso al Arte de los Ruidos como manifestación futurista. Por su parte, R. Murray Shafer (2013) y Le Breton (2007) exhiben con orgullo su imposibilidad de donar significados a la palabra música, asegurando que eso le corresponde a cada sociedad porque cada sociedad crea la suya propia.

De este modo, los conceptos de ruido, música y sonido, con el pasar del tiempo, se tornan ambiguos, no sin antes dejar algo muy en claro: la cuestión de la música y del ruido, es una cuestión de sonido y de sentido.

Si un sonido, como el canto del gallo, es capaz de reunir a la sociedad desde su significado cultural, es posible entonces detenerse a contemplar el ruido de la ciudad desde sus ritmos cotidianos.

Esta es la génesis del interés por el estudio del ruido y por las sensibilidades que de él se desprenden. La memoria corrobora que el silencio, la música, la palabra (por medio de la poesía y el teatro), en últimas, el sonido sublimemente escandaloso, construyen este trabajo investigativo que lleva sus raíces en la curiosa práctica del *noise art* (arte y ruido) para concebir al ruido fuera de las tendencias habituales: ambientalistas y ecologistas, de ingeniería o de arquitectura.

Desde la Sociología del Ruido, por ejemplo, Antonio Baigorri (1992) y Walter A. Montano (2014) son implacables al delatar la fuerte apatía de las ciencias sociales y humanas con respecto al tema del ruido. La sociología se torna sorda en relación al tema. Los autores demandan que la cuestión social del ruido pocas veces ha sido estudiada metodológicamente, detectable en las escasas investigaciones sociológicas. Igualmente, Carlos Fortuna (2009: p. 42-43) ve en la figura de Simmel (1981) la causa del desinterés de las ciencias sociales frente a las razones del ruido, al afirmar de manera errónea que el oído es un sentido pasivo obligado siempre a dar sin poder recibir. No obstante, el músico Daniel Barenboim (2008: p. 33) recalca el dinamismo del oído y

recuerda que Aristóteles dijo que los ojos eran los órganos de la tentación y los oídos los de la instrucción; el oído no solo recibe el sonido sino que, al enviarlo directamente al cerebro, pone en movimiento todo un proceso creativo de pensamiento; para este músico, los procesos físicos y cognitivos de la escucha no son en absoluto pasivos.

En resumidas cuentas, del entrecruce de música, sociología y poesía irrumpe el trabajo de investigación, preocupado por presenciar la plurisonoridad de la calle, por ende, plurisonoridad de un lenguaje que, como diría A. Baigorri (1992: p. 9-10), es distinto del cotidiano pero que hace parte de la cotidianidad, como ingrediente cultural y como “marca registrada” de construcción social que da cuenta de una nueva relación del cuerpo y de la sociedad con el espacio. Así, el interés por el estudio del ruido, en los fines de semana en “La Calle 18” de San Juan de Pasto en el año 2016, se difumina con el interés por indagar sobre los aspectos dinámicos de la cultura que influyen en la composición del ambiente sonoro.

Dicha meta tiene lugar a través del método del Ritmo-análisis (H. Lefebvre, 1992) y de la captura y elaboración de registros sonoros, mostrando al ruido como albergue de una pluralidad de percepciones, subjetividades y matices que arriban al espacio urbano, en este caso a “La Calle 18”. Un tema que va más allá de la concepción ambiental o ecológica; que es capaz de provocar la observación de la transformación de los usos del espacio urbano. Así mismo, el proyecto obedece a su objetivo prioritario de comprender la relación existente entre los consumidores de ruido, el sonido y la construcción del universo simbólico, en “La Calle 18” de San Juan de Pasto durante los fines de semana.

La captura y/o grabación de sonidos y ambientes sonoros los días viernes, sábados y domingos en los meses de marzo, abril, mayo y junio del año 2016 posibilitó agrupar sonoridades de acuerdo a cada espacio-tiempo. La noche, la madrugada, por ejemplo, acarrean sonidos que difieren de las horas pico o de las horas de almuerzo. Del mismo modo, cada plaza, cada parque,

cada esquina se manifiesta en la urbe de manera diferente, con dinámicas sociales, culturales, comerciales que dotan al espacio-tiempo de sonidos diferentes, característicos y peculiares. Cada lugar posee sus personajes y sus relatos. Las entrevistas realizadas demuestran que la Calle 18 ha sufrido drásticos cambios.

Por consiguiente, el ritmo-análisis de Henri Lefebvre (1992, 2004), como método interpretativo de la vida sensible, contribuye al estudio de los sonidos a partir de detectar toda clase de ritmos ciudadanos. Hace falta, entonces, que las relaciones entre los ritmos se sientan físicamente. Esto implica un punto de partida y Lefebvre (2004: p. 18) elige el cuerpo, con sus ritmos y su dimensión específicos. Así, la interpretación integra el cuerpo, y posibilita una transición hacia lo sublime. El ritmo-analista (investigador) va a escuchar una casa, una calle, un objeto como quien escucha una sinfonía.

Desde finales del 2015 ya había iniciado con la captura de algunos ambientes sonoros en diversos tramos de la Calle 18 con la idea de comprender la ciudad, tomando prestado sus sonidos y ruidos.

Sin embargo, similar a Le Breton (2007), el acercamiento a los ritmos y sonidos de la calle demostró constantemente que si no se vela por habituar el cuerpo a los comportamientos de los ritmos de los demás, de los ruidos, de la noche es posible que el sonido le presente una cosa donde uno esperaba otra, o puede terminar incomodando o siendo incomodado. En otras palabras, se debe entrenar o practicar para los olores, los sonidos, la inseguridad, para las aventuras de la noche, aprender a salir no tan lastimado.

El ritmoanálisis parte de la observación de sus propios ritmos y concluye con la necesidad de percibirlos en los demás. Es decir, que a la observación ritmoanalítica del entorno se suma la observación de sí mismo, dos observaciones que no deben separarse.

Cabe aclarar que, la construcción del texto final nunca se aleja de las vivencias personales del investigador porque el ritmo-análisis nunca deja de lado el sello autobiográfico del ritmo-analista, este personaje se ubica siempre entre el borde de la ciencia y la poesía, y descubre y procura no olvidar, como lo aconsejó Bourdieu (1999: p. 543), que su punto de vista es ser un punto de vista dentro de otro punto de vista.

El ritmo-análisis choca con el orden imperante, promulga una constante crítica diferenciando el tiempo del reloj (tiempo instituido) y el tiempo vivido (no calculable), donde se demuestra que el tiempo es diferente al uso del tiempo, que el tiempo gubernamental (del Estado) es diferente del tiempo social, cultural.

No obstante, para Michel De Certeau (2007: p. XLI), el hombre descubre diferentes y nuevas “artes de hacer” para ser libre en la ciudad a pesar del Estado. Así, se vislumbra un arte sutil de inquilinos producto de las creaciones sociales artesanales a través del ruido en la calle 18, una banda sonora que hace parte de la sordera de la sociología.

Creaciones anónimas y sublimes que llevan a la teatralización del espacio-tiempo. Le Breton (2007: p. 87), por ejemplo, habla de la tragedia del hombre en medio de la noche solitaria, de la dramatización nocturna por no tener los suficientes datos y por no estar entrenado para los paseos vespertinos. Michel Maffesoli (1996: p. 156) presencia la obra teatral cuando el cuerpo se expande con los excesos, las conductas orgiásticas. Para Armando Silva (2000: p. 31-43) las vitrinas y los maniquís representan la humanización de la ventana, un teatrino cotidiano con maniquís-actores manipulados a control remoto. Así, el espacio se teatraliza porque se transforma, los sonidos del día no son los mismos de la noche porque las manifestaciones tampoco son las mismas. Dependiendo del tiempo, otros personajes, otros sonidos, incluso hasta otros olores hacen presencia.

El ritmo-análisis sumado al acercamiento al ruido (y a las relaciones sociales que se gestan en torno a él), les corresponde, a su vez, un escudriñamiento del trasfondo cultural en el que surgen, puesto que cada cultura sonora está compuesta de sus propias peculiaridades.

¿Qué sonaba antes y que suena ahora? Le Breton (2007: p. 97) ya lo dijo: los hombres crecen en una trama sonora diferente a la de sus padres.

La calle 18 era empedrada y por ahí pasaba el carnaval, por la Plaza del Carnaval quedaba el mercado y el terminal, en el Parque Nariño había una fuente, los nombres de las calles se reemplazaron por números.

Las ciudades poco a poco se van transformando. La ciudad de Pasto en los últimos años ha ido incursionando en la adecuación de aquellos espacios donde habitan y se relacionan los ciudadanos. Además, la dinámica poblacional nos manifiesta que la ciudad de San Juan de Pasto ha venido densificándose, la cabecera central acoge una mayor cantidad de población y, por consiguiente, de actividades que también hacen parte de ese paisaje sonoro que compone la ciudad y su dinámica interna.

En el año 2013 se llevaron a cabo las nuevas mediciones de ruido ambiental en la ciudad de San Juan de Pasto con el objeto de determinar la variación de presión sonora en la cabecera municipal. Se efectuaron mediciones de ruido ambiental en el año 2009, dichas mediciones se realizaron nuevamente durante el año 2013* .

De acuerdo a los resultados, se pudo determinar que en la cabecera municipal de Pasto existe una variación considerable de los niveles de presión sonora entre los años 2009 y 2013. Dicha variación refleja un aumento de ruido en la cabecera central durante el año 2013 que superan el nivel de tolerancia auditiva (70 dB), con gran protagonismo de “La Calle 18”.

* Esta Información fue obtenida de la Corporación Autónoma Regional de Nariño: Corponariño. Subdirección de Conocimiento y Evaluación Ambiental, “Documento de Actualización de Mediciones de los Mapas de Ruido de las cabeceras municipales de Pasto, Ipiales y Tumaco, en el año 2013.

También, los resultados de las mediciones de ruido ambiental muestran que, en la ciudad de Pasto, los niveles de presión sonora aumentan durante los fines de semana indicando registros que superan el límite sónico humano. Pero las cifras también muestran que el ruido disminuye los días domingo y lunes festivo en la zona céntrica.

Por tal motivo, fue necesario explorar los respectivos mapas de ruidos para determinar, así mismo, los espacios y el tiempo que hacen parte del desarrollo de la investigación. Los recorridos realizados, desde el mes de noviembre del año 2015 hasta el mes de agosto del año 2016 en “La Calle 18”, adicional a la exploración de los mapas de ruido en combinación con los relatos cotidianos (como un ejercicio simbólico de volver a fabricar el espacio) trazaron el tramo de la Alcaldía del Centro hasta el Parque Infantil, calle 18 entre carreras 19-31. La recolección de información se llevó a cabo los días viernes, sábado y domingo en horarios de 5:00 a.m. hasta las 11:00 p.m.

Los olores, el amanecer, la noche, la soledad, la inseguridad, el clima... han llevado a plasmar líneas en el trabajo de campo y la consecuente creación de un Collage Sonoro, a partir de fragmentos de sonidos diferentes, como un intento por demostrar que la ciudad también puede ser leída y percibida a través del ruido. Para Lefebvre (1992: p. 46), el estudio de los ritmos por medio de grabaciones conlleva a la comprensión de su diversidad: lentos o rápidos, sincopados o continuos, entrometidos o definidos. Colocar una entrevista o algunos ruidos en un reproductor nos permite reflexionar sobre los ritmos, que ya no se desvanecen cada vez que aparecen. De ahí la posibilidad de conceptos, por lo tanto, del pensamiento.

Sí las ciudades se transforman, sus sonidos también lo hacen. Cada lugar y cada tiempo tienen y aportan, al conjunto sonoro, su propia marca sonora y, a su vez, cada espacio-tiempo balbucea un lenguaje sonoro determinado que el hombre se encarga de transformar. Son sonidos dotados de características culturales que advierten la concepción de múltiples criterios individuales que

dilatan aún más la curiosidad entorno a la relación del ruido con el resto del comportamiento humano. Lefebvre piensa en ritmos en lugar de pensar en cosas.

Y es aquí, precisamente, donde radica la pertinencia de la investigación, en comprender las construcciones artesanales de los individuos pero como productoras/consumidoras de ruidos que devienen, a su vez, en identidades sociales y que provocan la irrupción en maneras alternas y creativas de investigación social.

El tráfico vehicular, por ejemplo, la rumba de fin de semana; son espacios repletos de subjetividades que se dirigen a los oídos y conllevan a concebir el ruido como un medio para percibir el mundo desde los sentidos, como un fornido elemento de conocimiento interesante para la sociología.

“Las construcciones sociales artesanales a través del ruido” parten, entonces, de la idea de reconocer que el pulso de la ciudad tiene un discurso sonoro, ruidoso para la ciencia, sordera en la sociología. Y acentúa, además, la centralidad del elemento sensible e inmaterial en la construcción de conocimiento sobre la realidad social sonora.

De improviso, el canto del gallo reiteraba la llegada de la mañana. Mientras esperaba a que el despertador sonara una puerta se golpeaba en alguna parte, un automóvil parecía que circulaba en la habitación junto a los pasos de las calles vecinas. La indecisa lluvia y su opaco tinte sonoro repercutiendo en el techo no daban cabida al mutismo.

Repentinamente, la alarma del despertador se acciona y se cuela por todos los cuartos. 4:00 a.m. me levanto, la ducha arremete con su concierto líquido, después el turno es para los coros de los huevos fritos, la vecina de arriba se manifiesta arrastrando las chanclas y soltando la cadena del baño. Luego, en pleno silencio el cepillar de dientes parecería otro despertador.

Toda esta gama de sonidos preparan la escena de la cotidianidad, hacen parte de la banda sonora que, por lo general, pasa desapercibida y sumergen, a quien los escucha, en una inquietud

sonora; ¿Puede el ruido dar cuenta de lo que pasa? ¿Está dirigido a alguien, o es solo una consecuencia de la técnica? ¿Lo que escucho es música o es ruido?

5:00 a.m. iniciaba el recorrido en la calle 18 y, por cuestiones de seguridad, hasta las once de la noche.

1. ENÉSIMA MADRUGADA

Cerca de las 5:00 a.m. La madrugada ha dejado durmiendo a la noche y, de paso, enciende la radio. El amanecer se sintoniza (tiene sus sonidos propios), el frío se amplifica en el trinar de los dientes, en la fricción de las manos, en el vapor que emana de la boca. El cuerpo reacciona a las condiciones del entorno; el frío acerca los cuerpos, cuelga su tapiz opaco en las ventanas de los automóviles de pausado paso.

A estas horas la calle es lenta y algo silenciosa. Del parque infantil para acá (Alcaldía del Centro) todos los andenes son de candados. Pareciera que en los candados están los párpados de la ciudad, prácticamente, la ciudad abre los ojos cuando las llaves desalojan los candados. “La 18” habla callada, conserva varias resonancias a pesar del relativo mutismo, pues, el silencio tiene el timbre en las paredes que han interpretado los ecos. Todo se escucha: el corretear de una envoltura de papel, pasos lejanos, los murmullos de las sombras, el corazón que se inquieta y llega a palpar el pulso que comprueba la imposibilidad de la existencia de un mundo inmóvil. Todo suena porque todo se mueve, las ciudades no descansan, además, el planeta tierra rota y se traslada todo el tiempo. Conjuntamente, cada espacio-tiempo hace parte de los ritmos naturales que ya han terminado y que vuelven a reiniciar: el amanecer siempre es nuevo, abre el portón a lo cotidiano; como si la diferencia le abriera sus puertas a la repetición.* El amanecer renueva los ritmos del cuerpo: el hambre, la sed, el sueño, el descanso, etc. Entramos al reinicio de un nuevo inicio; repetición y diferencia. Un nuevo día en la monotonía citadina.

La calle 18 continúa con su aparente itinerario solitario. De ayer a hoy no hay mucha diferencia, a no ser por el Callejón (calle 18 con carrera 19B) que siempre está programando

* Dentro del ritmo-análisis Lefebvre opta por destacar la relación recíproca de lo continuo y lo discontinuo, de lo cíclico y lo lineal, de la repetición y la diferencia. Para el autor, no hay ritmo sin repetición en el tiempo y en el espacio, sin que se repite, sin vueltas, en fin, sin medida (measure). Pero no hay repetición absoluta, idéntica de manera indefinida. De ahí la relación entre repetición y diferencia. Cuando se trate de ritos cotidianos, ceremonias, normas, leyes, siempre hay algo nuevo e imprevisto que se introduce en la repetición: la diferencia. (Ver: “La Crítica de la cosa”, H. Lefebvre, 1992, pág. 9-16, 55).

distracciones. Hoy presentó una pelea de borrachos, *¡nadie se meta... eso dale, dale!* La borrachera lastimaba el aire, los puños le atinan al vacío, la contienda se traduce, a veces, en una comparsa, otras parece coliseo romano, hasta que la sirena y las luces de la patrulla de la policía separa a los oponentes. ¡Aquí no ha pasado nada! Todos desaparecen como alma que lleva el diablo. La ley y el orden mataron el espectáculo apagando la escena.

Reina de nuevo el silencio. Los contrincantes, en su afán de huir, olvidaron una mancha de sangre maquillada en la acera. Ahora me pregunto ¿De dónde salió tanta gente durante la pelea? ¿Qué pasa, allí, donde aparentemente no pasa nada? Más allá del silencio el mundo continúa existiendo.

Con todo, el tiempo muestra sonidos y movimientos diferentes en cada pulso. El espacio entre cada pulso se va modificando; tiempo y espacio se comprometen en cada latido. El tiempo se desfigura, el reloj no tiene ni idea de lo que aquí pasa, los borrachos siguen en su noche, para las minifaldas de la Plaza del Carnaval es verano en plena madrugada, y los conos y chupones que aún no llegan. Se desconfía de todo tipo de presencias. La ausencia de manifestaciones sonoras y de la multitud pone en alerta todos los sentidos. Toda la tensión se inaugura en el oído y en los ojos, cuya mirada deja ver que la calle también habla a través de las fachadas. Los anuncios de los establecimientos comerciales, que aún no abren, pueden dar cuenta de los sonidos que frecuentan la zona.

La noche adulta y la madrugada tienen otros estatutos, otro manual de convivencia. Lo legal en ellas es la ilegalidad: venta sospechosa, automóviles que se estacionan donde en el día no se puede, semáforos ignorados, licor de contrabando, presencia de alucinógenos, tráfico de estupefacientes. Todo se hace a oscuras, por la sombrita. En ocasiones, el alumbrado público esconde la clandestinidad.

Temprano, cuando la mañana no alza todo su brillo, la calle 18 está prácticamente desamparada, solo la iglesia de la Merced y el parque Nariño alcanzan los carros que van al aeropuerto. Más tarde, en esos mismos sitios estará prohibido estacionar. El frío hace añorar un café bien caliente por eso la señora de los tintos también madruga. La voz humana promociona el viaje a Chachagüí y el café caliente. Los ancianos habitantes de calle van llegando a la Plazuela de la Merced y a la Plaza del Carnaval porque en breves minutos viene la donación del cafecito.

Anoche llovía, con razón nadie se quedó a dormir en la Plazuela. Este lugar tiene goteras, por tal motivo, la estancia aquí cuando llueve no es recomendable.

Hubiese podido registrar la hora para estos momentos, pero en cada hora parece que aconteciera lo mismo, es decir, nada. Los sábados y domingos en la Alcaldía del Centro la mañana se asienta en las puertas cerradas. Mañana y tarde no hay venta de minutos, por tanto, no hay palabras, no hay llamadas, su gran andén lánguido de personas, las oficinas cerradas. Hoy y mañana no habrá trámite, no hay papeleo, no hay fila pero los cajeros automáticos siguen escupiéndole a quién se lo pida.

Los sábados y domingos no conocen de oficinas gubernamentales, esta calle no es nada sin la muchedumbre, algunos lugares se disfrazan de lugar de paso, aunque pesa pasar.

Todo al parecer sueña. Si la ciudad duerme ¿será que ronca? Y si ronca ¿quién la escucha? Todo calla en “la 18” a excepción del Callejón y los hoteles que han dejado la puerta abierta y la luz encendida. Las bolsas de basura ya no están, pero los semáforos siguen funcionando en la nada junto al alumbrado público. Anoche llovió las sequías tienen charcos (espejos donde el silencio se ilumina). El frío permanece. El tráfico no conoce pausa, es lento pero no se detiene.

Contrariamente, al medio día, el estómago da indicios de las horas de almuerzo, el noticiero lo rectifica. Las personas pasan y se percatan de la mancha de sangre maquillada en la acera, se hacen a un lado y no la pisan y luego se preguntan - *¿Qué pasaría, no?* – tremendo espectáculo el

que se perdieron, todavía tengo recuerdos del coliseo romano. La noche y la madrugada dejan huellas sonoras como las manchas de sangre.

Al amanecer “la 18” suena tal cual se muestra: vacía, con la marea baja, muda. Hasta que el tráfico levanta la voz y las puertas de los comercios abren su discurso.

1.1 Desodorante acústico

5:00 a.m. grafitis en las paredes y fachadas, maniquís en las vitrinas promocionando ropa y zapatos de todo precio. Calles angostas, un solo automóvil a la vez. Ríos de orines dejan las huellas de su recorrido: desde las fachadas, pasando por el andén y llegando a la calle.

Al amanecer, los árboles resguardan algunos sectores de la calle. Al pie de los árboles la Plazuela de la Merced congrega a varios ancianos que se comportan como viejos amigos habitantes de calle. Aferrándose a su bordón, comparten un trago, un cigarro, cuidan carros y esperan la donación de un café.

El agotamiento es visible tanto de la gente que frecuenta el lugar como el lugar mismo. La vida ha limitado sus ritmos, el bastón los contiene. A medida que el sol aparece la realidad es oscura, pero nítida. Lo visible oculta lo pertinente; se dice que, muchas veces un árbol no deja ver el bosque. Pero aquí, al pie de los árboles se sitúa el sanitario de la casa.

La ciudad al mismo tiempo que es planificada también es reinventada por todos aquellos que la frecuentan y la practican. Debido a los trastocamientos, las concentraciones urbanas, las injusticias, hay una redistribución de las partes y funciones, que se enriquecen con nuevos atributos llevados a cabo por el universo simbólico social. La planificación no deja de producir efectos contrarios a los que realmente busca.

La plazuela de la Merced y la Plaza del Carnaval huelen a orines. Los árboles, las bancas y compuertas se perfuman de urea. El mundo moderno aspira a ser sin olor: higiénico. Empero, en la Plaza del Carnaval y en la Plazuela de la Merced, y una parte del Parque Infantil, los olores

parecen no obedecer a los ritmos; al igual que el tráfico en horas punta.* A través de los ritmos fisiológicos parte de la sociedad se resiste a los modelos y códigos promovidos y propagados por entes externos. El espacio-tiempo infatigablemente acarrea una gama diversa y distorsionada de apropiación.

En el baño de los árboles alguien hizo sus necesidades y no soltó el agua. Taxistas, ancianos y vendedores ambulantes ya se han acostumbrado al perfume. Si no se está preparado cuesta demasiado trabajo acostumbrarse al olor, como también lo cuesta con el ruido. El olfato (y los sentidos) es instruido dependiendo de la cultura a la que se pertenece. Al parecer, el olor asume también cierta relación con la condición de clase. Entre más socialmente indeseable sea un olor hay menos probabilidad de encontrar cerca a personas de estratos altos. Por el contrario, entre más socialmente aceptable sea un olor es mayor la probabilidad de encontrar alguna restricción al derecho de admisión. Los olores son una experiencia profunda: perseveran en lo visible a pesar de la brevedad.

1.2 Recuerdos traídos del silencio

Entre 5 y 6 a.m. Serbio León Bedoya abre el telón de la calle.** Con el mismo vestuario corroído de siempre y con la sombra de Mario Moreno en su carrito. En cuanto termina de arreglar la escenografía lanza a la audiencia (el único era yo) su parlamento: *Yo soy el Cantinflas de aquí de Pasto. Yo salía en carnavales... Me cansé de imitar a Mario Moreno, nadie me ayudaba, aquí no ayudan a nadie.*

* Los olores hacen parte del adiestramiento del ritmo-analista (investigador), puesto que revelan otras manifestaciones de apropiación de las zonas ciudadinas. Por tal motivo, los ritmos fisiológicos también hacen parte de la interpretación de la vida cotidiana. Para Lefebvre, cuando trata con los olores, observa el evidente descompás entre el hombre ciudadano y la planificación urbana. (Ver: “El Ritmo-analista: Un Retrato Previsionario”, pág. 18; y “La Doma”, pág. 30, H. Lefebvre, 1992).

** El señor Serbio León Bedoya, “El Cantinflas”. Originario del Valle del Cauca. Llega a la ciudad de Pasto en 1959. Trabaja todos los días en la calle 18 con carrera 20A, frente al Banco de la República. Su carrito tiene diagramado la silueta de Cantinflas.

El Cantinflas recuerda que por “la 18” desfilaba el carnaval y que la iglesia la Merced era un buen puesto para presenciarlo. Me pregunto cómo sería presenciar el carnaval desde esos balcones que ya no se abren. Envidiaría la perspectiva que los balcones tienen de estas calles, sino fuera porque ya no funcionan.

La mañana vacía habla en las esquinas. Don Luis Enrique* todavía no llega, pero el aceite de las papas fritas dejó marcando territorio. *Yo llegué en el 59 y me quedé aquí... a mí me dicen cariñosamente Cantinflas.*

- *El Cantinflas no es mucho de lo que está ahí, yo estoy más tiempo* (L. Enrique).

Recordar sus imágenes es recordar sus relatos, esto es, el sonido de sus palabras cargado de símbolos culturales históricamente contruidos.** La palabra es símbolo cultural hecho sonido. Así mismo, recordar un sonido es evocar el panorama de la imagen del lugar. Los recuerdos tienen lugar en la interacción de todos los sentidos corporales.

La situación humanan es ante todo corporal. El cuerpo se mueve junto con la urbe, el hombre da cuenta del mundo a través de los sentidos corporales. El pasado o el recuerdo se estimulan ante un olor, un sonido, un contacto, un sabor, una imagen, son la apertura para la presencia o para revivir la conciencia de sí mismo ante el espectáculo del entorno.

Por supuesto, el oído no es un simple receptor acústico, remite a una memoria, a una experiencia, se corrige; sus códigos no son un conglomerado de datos sino la aprehensión sensible del mundo.

* El señor Luis Enrique Revelo. Aciano con un puesto de papas fritas quien generalmente ocupa la otra esquina al lado del “Cantinflas”. Asegura llevar trabajando cerca de 31 años en la zona (frente al Banco de la República).

** La palabra tiene poder en forma de emisión sonora a través del cuerpo. Para Le Breton las “Creaciones del Mundo” son asunto de palabras, “El Poder de los Sonidos” se demuestra en las palabras. Así, el sonido tiene cabida en el cuerpo en consonancia con los sentidos corporales. El oído es un sentido de la interioridad y no un simple receptor acústico, lleva el mundo al corazón de uno, cuando la vista lo lleva hacia afuera del mismo. (ver: capítulo “Oír, Oírse: de la buena armonía al mal entendido”, Le Bretón, 2007, pág. 97, 129, 132).

De esta manera, detenerse a escuchar el ritmo de la calle es presenciar la diferencia sonora entre un sitio y otro, entre un tiempo y otro. En la Plazuela de la Merced *sabían ponerse los culebreros o curanderos, o llegaban a vender cosas: cacharro y eso... Dicen que era una casa grandota que daba toda la vuelta*. En estos tiempos, los culebreros se decidieron por otro espacio, la casa se repartió a varios dueños, el carnaval ya no pasa por aquí, los balcones no lanzan serpentinas, le impidieron el nombre a la Calle Angosta por el de “carrera 22”. *Yo alcance a conocer la Calle Angosta, eso quedaba por la Merced, eso era de piedra, el piso era de piedra*. Cuenta Don Eduardo Martínez.

Los motores desalojaron los coches de caballo y el silencio. Los avances tecnológicos, el mercado introducen un nuevo régimen de ruidos y remodelan las sensibilidades sonoras. Aparecen nuevos sonidos y nuevas maneras de usarlos y de responder a ellos; las campanas de iglesia poco suenan como tampoco lo hacen el tic tac del reloj, las radiolas o el timbre de los primeros teléfonos. Los sonidos que desaparecen se vuelven reliquias.

Cada comunidad humana ocupa un universo acústico propio, pautado por las ceremonias colectivas, las tecnologías presentes, los ciclos naturales, el entorno... este universo nunca es dado de una vez para siempre, sino que varía al cabo de su historia e incluso de las estaciones.*

Dicen que por la Alcaldía del Centro había un molino. Que por allí quedaba el terminal de transportes.** Don Eduardo y doña Teresita cuentan que *el Molino Colombia quedaba ahí, donde ahora es la alcaldía, más allá quedaba el Molino la Mascota, frente al colegio San Juan Bosco,... Las calles eran empedradas...* En todo caso el sonido de los molinos, del terminal, de las calles empedradas ya se evaporó.

* Cada pedazo de tiempo envuelve su ambiente acústico. “Sonoridades del Mundo”, Le Breton, 2007, pág. 98-100.

** Los testimonios de las entrevistas realizadas a Aura Elisa Rivera (mi abuela), Geovanny Mechas, Eduardo Martínez, Teresa Jupan dan cuenta del molino y el terminal, la gallinacera, la ratonera, la calle del churo, la mocha... Don Eduardo y doña Teresita tienen un puesto de revistas frente a la Iglesia de San Juan.

Un buen segmento de los sonidos de la urbe son el trabajo del trabajo, de las actividades laborales. Los horarios de oficina tienen demasiada influencia en los sonidos ciudadanos. A estas horas no hay movimiento, pero el mutismo se dirige reiteradamente a las remembranzas y evocaciones. El asfalto desgastado de la calle conserva entre sus ruinas subterráneas algo de piedras y adoquines. Las calles empedradas pertenecían a las resonancias de esta localidad.

5:30 a.m. Frente al Banco de la República, “el Cantinflas” inaugura el sector con su carrito de dulces y cigarrillos, todo lo demás duerme. Las gradas del banco de la República permiten la estancia y un panorama que precisa que acá nada dormita y ni lo ha hecho. A las cinco pasaditas, el carrito de don Sergio se congestiona de gente. Recicladores, indigentes, habitantes de calle, prostitutas, borrachos arriman por cigarrillos.

Viernes al amanecer y un adulto mayor ya está en pie trabajando. La aridez de las gradas y el entorno permite escuchar la conversación de los fumadores y divisar, en las paredes de enfrente, dos placas que antiguamente apodaron el lugar. La “Calle de la Compuerta” que cuelga entre la Plaza del Carnaval y el Banco, y la “Calle de la Merced” entre el Banco y la Iglesia de la Merced. Nombres, apodos y números son las referencias de las calles para intentar esquivar el extravío. Todas las etiquetas de la calle, sean nombres o números, conducen a promover el orden que se ve venir desde afuera. En los ritmos colectivos se entrecruzan las relaciones de clase y las relaciones con el Estado.*

Más antes ahí era el mercado, el mercado mayor. No había más mercados y era el martes y el sábado... y en Bomboná era el mercado de ganado, los martes. Cuenta mi abuela Aura Elisa. Yo

* Todo ritmo social, es decir, colectivo, está determinado por las formas de las alianzas a las que los grupos humanos se entregan. En Lefebvre, estas formas de alianza son más variadas y contradictorias de lo que se supone generalmente, este ser particular, pero no único y verdadero de las grandes ciudades, donde las relaciones de clase, las relaciones de fuerza política intervienen. Es interesante el “Intento de Ritmo-análisis en las Ciudades Mediterráneas” donde el autor trata el tema del Estado y la vida cotidiana. (Lefebvre, 1992, pág. 56-61).

llegué a pasto cuando la galería estaba ahí, y más allá habían poco de cantinas y metederos...
también recuerda “el Cantinflas”.

Por consiguiente, los espacios forman parte de las decisiones de las administraciones de los entes políticos, cuya actuación obliga a la modificación del uso del tiempo y del espacio-tiempo, y por ende, del entorno acústico. Poseen el control remoto para repartir y derogar los lugares para estacionar, horarios para vender y qué vender, zonas de tolerancia, zonas de expansión. No obstante, cada decisión externa propaga, también, mil maneras de romper las reglas.

- ¿Qué buscaba mi amor?... vamos!

Calle 18 con carrera 19B. Como una memoria no agredida, un Callejón trasnochado se sostiene con rubor, pintalabios y minifaldas. Esta escena me trae muchos recuerdos de viejas historias. Esas piernas cuentan... ¡Perdón! De esas minifaldas se dice que son algunas secuelas de las diversiones que eran estos lugares. Dicen que este lugar y la Plaza del Carnaval no son lo que eran, pero que todavía quedan algunas evidencias. El rumor sigue siendo una referencia. (Le Breton, 2007, pág. 36)

El día amaneció nublado, pareciera que el volcán tiene cataratas. El frío encoge el cuerpo, la madrugada se la vive en el cuerpo. Tampoco, la madrugada es la misma en todos los lugares. En cuanto, a las bancas de plazas y parques están desocupadas, pero ronda uno que otro individuo de agresividad muy notoria y con las ropas excesivamente violentadas, como esos personajes de las historias que aquí cuentan. No se puede caminar tranquilo en Plaza del Carnaval después de sus antecedentes. Insisto: el rumor sigue siendo la referencia. Dicen que por aquí quedaba la calle mocha, la calle del churo, que por abajo, en la noche, quedan las esquinas de “La Muñeca” y de “La Milonga”;^{*} que la Plaza del Carnaval *era un mercado: el mercado del potrillo y el de los*

^{*} Personas transgénero dedicadas al trabajo sexual. “La Muñeca” todavía frecuenta el lugar, trabaja en una residencia. A “La Milonga” lo mataron hace pocos años.

dos puentes era un solo mercado y quedaba en el centro. Cuenta doña Teresita. Por otro lado, la “Mamálista” cuenta que el mercado quedaba donde ahora se alza el Banco de la República. En todo caso, la memoria guarda estos espacios como verdaderamente eran: un solo espacio-tiempo. Y aún quedan huellas de lo que eran estos lugares.

Estas calles y sus sociedades eran asunto de la palabra, la oralidad reinaba en la vida pasada. El pueblo se reunía en La Plaza Mayor (Parque Nariño) para enterarse de las cosas que acontecían. Incluso, los cuentos de tradición oral servían de cohesión social: *dejar de beber para que no se lo lleve la viuda.* Hoy dejamos de beber para que no nos roben o para que no nos encierren en el calabozo. (Le Bretón, 2007, pág. 97, 129, 132).

Lo oralidad no se da sola sino en contacto con el otro y con el cuerpo, en consecuencia la palabra siempre viene acompañada de acciones y de rasgos culturales. Cuando esto no suceda simplemente se está nombrando las cosas, mas no se las está creando.

Los balcones de las casas no se abren y no se abrieron durante la permanencia, nadie soltó un poema desde sus alturas, nadie suelta un poema en un avioncito de papel. En otro tiempo los balcones si funcionaban, o sino, preguntémosle a Antonio Nariño y al desfile del carnaval.

La palabra sienta su poder en la fonética de los significados, los mitos y las relaciones interpersonales son cuestión de palabras. Al templo, por ejemplo, se entra y se permanece en silencio. Escuchar es un ejercicio de silencio y más cuando tratamos con palabras. *Al comienzo era el verbo...* dice el Génesis. La creación del mundo se da a partir de las palabras que cobran vida aunque no sean la verdad.

El párroco, el cura, el padre habla, escucha y es escuchado. Los asistentes a la iglesia no permanecen pasivos, reaccionan cantando, aplaudiendo, orando o rezando. La palabra materializa

las cosas significadas. Las acciones sonoras a través de las palabras crean las relaciones interpersonales, los mitos, los rumores.*

Las personas asisten a la iglesia para presenciar la palabra del Señor por medio de otro señor que dice palabras. Las palabras y los sonidos tienen poder siempre y cuando hagan parte de una cultura específica en el momento propicio.

El cura ordena colocarse de pie y la audiencia obedece; la palabra pronunciada dice *podéis ir en paz* y la gente se marcha. Las relaciones interpersonales se crean en las palabras.

Aunque no todos escuchemos y concibamos las palabras de la misma manera, sus sonidos son fuerzas que enlazan el presente con la historia. La palabra no constituye un complemento de las enunciaciones hacen las cosas al mismo tiempo que las accionan.

Con las primeras luces de la mañana, en la Plaza del Carnaval, los indigentes esperan la caridad que llega puntual: pan con café, o chocolate, o algo por el estilo. Algunos bajan de los balcones de los árboles para recibir el beneficio, pues, para nadie es un secreto** que en las ramas de los árboles de esta plaza habitan mansiones. Precisamente, la anterior semana presencié el desmantelamiento de una de estas casas. Siete personas cayeron de las ramas, más un recipiente vacío de talco de carnaval (aquí, todavía quedan vestigios del polvo que se echan en enero).

Se va la hora del café y la marea gradualmente va subiendo, el sonido revela su arribo. Es la hora de las entradas y las llegadas tarde por eso los cláxones insisten en abrir camino. Los semáforos exilian a los basureros, regresan a la esquina y vuelven a retomar su rol.

* Se rescata el rol de la palabra en la creación de las relaciones personales. (Le Breton, 2007, pág. 132).

** En el proyecto de interpretación ritmo-analítico, Lefebvre, aclara que todo ritmo se hace accesible, no hay secretos. Todo se sabe, pero no todo se nombra, se publica a sí mismo. No confundas el silencio con los secretos. Lo que está prohibido de ser dicho, ya sea externo o interno, produce una oscuridad, pero no es un secreto. Todo se conoce a sí mismo, todo el mundo lo sabe, y cada uno sabe lo que puede hablar y lo que puede o debe permanecer en silencio. (Lefebvre, 1992, pág. 16)

Mientras el sonido permanece se descubre la presencia de la ciudad. El hombre nunca deja de moverse. Palabras en la radio, en la televisión, en la calle, sonidos de fiestas o de ritos, los llamados de la iglesia, de los establecimientos comerciales, el cruce de vehículos, buses a lado de las patinetas y bicicletas, el mecer de los árboles de las plazas o parques, la lluvia precipitándose al concreto y al techo de las casas, el saludo de las palomas, de los perros, Manifestaciones silenciosas del cuerpo* (Le Breton, 2007, pág. 16)

* El sonido explora otros campos de expresión corporal; todo tendría lugar en el cuerpo.

2. ENTRE LAS OLAS DEL TRÁFICO Y LA SINFONÍA DEL ALMUERZO

Al amanecer la calle 18 extiende su grandeza y exhibe la calma que la acompaña. Así, el silencio trae a domicilio la sucesiva inquietud: entre menos tráfico menos sonidos de pitos e insultos e impaciencias e intolerancias.

Poco a poco la mañana se pronuncia. Los viernes, alrededor de las ocho la calle 18 todavía tiene lagañas. No obstante, algo de mar se distingue en el tráfico a estas horas: la marea ya ha subido, el ruido la hace pública. De mañanita, cuando la marea todavía está baja, se puede recorrer, sin tantos tropiezos las arterias de la urbe, cruzar de cuadra a cuadra, de acera a acera. Pero, previo a la entrada de la jornada laboral, la mañana va subiendo la marea y cruzar a la otra orilla se torna en tarea ardua. La agresividad del oleaje apreta la movilidad de los andenes, las bocinas alteran los estados de ánimo. Los transeúntes parecen espuma queriendo cambiar de roca solo esperan la ola apropiada, sin saber que al cruzar los conductores los observan con ojos de pistola. De forma similar, en las afueras de bancos y establecimientos educativos las personas hacen fila como gaviotas en sincrónicos movimientos para entrar a la playa. Los pasos, las voces son ríos que desembocan en el mar que es el ambiente sonoro del momento. Los arroyos del tráfico interrumpen la tranquilidad llevándosela río abajo. La marea cubre la angosta calle y lleva y trae transeúntes restituyéndolos constantemente. Cuando sube la marea las motos llegan hasta las orillas.

A las 10 a.m. todavía es de noche para la borrachera tendida en el suelo. En el Banco Agrario la gente hace cola, el paradero de bus se ha parado, pero el tráfico no para. El sonido no cesa nunca, el mismo a cada hora es diferente, pero no desaparece nunca. Los sonidos graves se los siente retumbar en el pecho, los agudos (como los frenos del bus) en la cabeza, a veces, en los dientes, fastidiosos como los rasguños en un vidrio. El tráfico vehicular tiene la facultad de trepar al ruido y llevarse los oídos; es como un río caudaloso de aguas negras sin olor y con sonido. El

chillido de las sirenas abre camino cómodamente corriente abajo y va comunicando los partos sonoros de las ambulancias quienes indican que no hay emergencia que no camine con afán bullicioso.

Las 11 a.m. el tráfico anuncia el duelo de bocinas, las calles se inundan de sonidos perturbadores. De lunes a viernes, cuando el almuerzo sugiere su arribo, la movilidad se aglutina, nadie cede. Para las motos la calle se extiende hasta el andén; a pesar de la venta de minutos a todo operador, nunca hay tiempo para respetar el espacio del peatón y mucho menos el espacio vital sónico. Así, el tráfico nos habla con chirridos. La voz del culebrero del Parque Nariño se pierde, se torna opaca; hoy necesita estar amplificado, el sonido de su voz no es suficiente.

El estómago cruje, la actividad laboral va finalizando pero el tráfico comienza nuevamente su sonata. ¿Qué finalidad tiene seguir presionando o apretando la bocina durante un trancón? La cacofonía que emerge, de tal hecho, es la réplica del afán e impaciencia de la gente manifiesta en la pésima educación ciudadana; no estamos educados para el tráfico, ni mucho menos para el ruido.

El medio día recomienza todos los días. Algunos olores alertan del corto receso de la jornada citadina. El tráfico informa la puesta en escena del almuerzo como un entremés obligatorio de eso que llaman cotidianidad. El tiempo y el espacio se sonorizan. Ciertamente en horas pico, los vehículos no conocen de cultura ciudadana o de tolerancia, pero poco a poco estas actitudes llegan a ser parte de la cultura. Hoy, la impaciencia da su concierto en las bocinas. Justamente, desde Julio Cesar hasta el momento no se ha podido hacer mucho.* Penosamente las personas se van acostumbrando al ruido o a una fuerte presión sonora y termina por trabajar, dormir,

* R. Murray Shafer señala que la primera legislación contra el ruido pertenece a Julio Cesar, 44 años antes de Cristo, y prohibía la circulación de vehículos en Roma entre el anochecer y la salida del sol. (“Cómo el estudio de la Legislación contra el ruido revela las diferencias culturales”, R. Murray Shafer, 2013, pág. 272-278).

escribir, leer o comer, por vivir en un medio ruidoso, lo que no deja de tener consecuencias en la salud y en las conductas colectivas.*

De este modo, los ruidos se encastran y acompañan con su constancia a la calle 18. El recorrido reconoce la permanencia de la sonoridad y la sagacidad de multiplicar su intensidad. Los sistemas de transporte, los medios de comunicación no conocen pausa. El sonido en la calle viene de afuera, es impuesto. Por más que cada uno contribuya con una dosis de decibel, la acústica urbana se la siente ajena, extraña y, por sobre todo, constante.

Los domingos después de almuerzo, las calles subalternas aparentemente se apagan, poco se las escucha. Está tan vacía la Alcaldía del Centro que da miedo, nadie podría socorrer ni socorrerse.

1:10 p.m. “La 18” es un sector solo para el tráfico. El almuerzo mueve toda la ciudad y deja su particular sello acústico en la calle. Gran parte de los establecimientos están cerrados, no hay mucho movimiento. El ruido merma. Hace un momento pasó una señora vendiendo leche de chivo, su voz era fuerte, su canto demostraba experiencia en el asunto, de repente volteó la esquina y aún se podía escucharla, porque la peculiaridad del sonido es desbordar su propio cuerpo sonoro**

5:55 pm. La salida agita a la gente, sobre todo el viernes. Aun no son horas pero ya van saliendo. El tráfico vuelve a subir el volumen.

6:10. Hace diez minutos el himno nacional, venido del radio del vigilante, avisaba las seis de la tarde; antes esa función la cumplían las campanas de iglesia. Pero en todo caso, sea himno o sea campana el sonido cumple la función de informar. ¡Ya son horas! Las personas se van

* El ruido puede tornarse en sufrimiento y, en ocasiones, provocar malos entendidos. (ver: “El ruido viene a quebrantar la Buena Armonía”, Le Breton, 2007, pág. 104-112)

** Al revisar la categoría de Conductas Acústicas Bulliciosas derivadas de los Itinerarios Acústicos, Le Breton descubre que lo propio del sonido es también desbordar su lugar de origen. Le Breton, 2007, pág. 95

trasteando. Los andenes se van desocupando, el alumbrado público levanta su brillo a paso perezoso. Llega la penumbra, la acera de la Alcaldía del Centro ha quedado desierta, sin la muchedumbre las aceras estrechas se ven más largas de lo que son.

De lo anterior, se podría decir que la interpretación del ruido urbano, a través de los ritmos, corrobora que el poder político tiene mucho que ver con el caos aparente, ellos toman las decisiones sobre el cuerpo social que no conoce. Bastaría, entonces, con cambiar la gente establecida para erradicar lo establecido.*

La calle arremete con sus ruidos en lo más profundo de la tranquilidad, la jornada laboral instaure las horas del almuerzo y el caos de las bocinas. La nueva tecnología y algunos establecimientos, sean públicos o privados, sirven como caparazón acústico ante la arritmia callejera. Las personas llevan con ellas “caparazones acústicos” a manera de una barrera sonora.** Dispositivos portátiles de reproducción acompañan sus travesías que les hacen decidir sobre su propia atmósfera sonora.

Así, el sonido ocupa un espacio en el entorno y en el cuerpo. Cada cultura posee sus propios sonidos, crea su propia música que los identifica.

* A lo largo de todo el proyecto ritmo-analítico Lefebvre insiste en que todo caos tiene su orden y que todo el desorden (arritmia) se mueve a través de un orden externo que lo produce. Así, promueve cambiar la gente establecida para que la sociedad cambie. (Lefebvre, 1992, pág. 37-38).

** Para la Sociología del Ruido de Antonio Baigorri las personas precisan el ruido de formas diversas e intentan esquivarlo con otros sonidos que se hacen privados (dispositivos electrónicos portátiles, generalmente). Ver el tema de “Caparazón Acústico” en “La función Social del Ruido”, (A. Baigorri, 1992, pág. 19). De igual manera, Carlos fortuna asegura que escapar del ruido es prácticamente imposible y el refugio en el silencio no pasa de una estrategia cultural y psicológica asentada en la capacidad individual para aumentar los umbrales de tolerancia acústica. (C. Fortuna, 2009, pág. 45-46.)

3. EL BUS COMO INTÉRPRETE

Dentro del bus el sonido de la calle 18 es otra cosa, es como una propiedad privada perteneciente a la comunidad del bus. Un ecuatoriano lo aborda y hace la chisga en pleno andar; zampoña y charango entonan canciones que le darán de comer y de dormir. Afuera el estrépito y fragor del tráfico, adentro el bus conserva su caparazón acústico.

Como diría don Max: El tráfico en horas pico guarda para sí el monopolio del ruido. Por tal razón, recorrer “la 18” en bus y en horas pico es ver cómo suena.

Ruta C10, antes 12. La ventana del bus da a “la 18”. Toda “la 18” es un periódico estirado pero en la sección de clasificados. Afuera el bus es agresivo, como el ruido que emite. Al medio día los trancones avanzan lento y los pasajeros pasan dormidos. Desde adentro los sonidos externos se fragmentan hasta el punto de distinguir toda suerte de fuente emisora. Adentro la radio, el vendedor de dulces, el músico callejero que se recogió en el Banco de la República, las conversaciones por celular, cada cuchicheo modifica la realidad del ambiente sonoro externo.

Y el bus llega al semáforo. El rojo marca la hora de la pausa de la máquina y la puesta en marcha de los transeúntes: un coro de pasos se desprende entonces, y uno que otro murmullo. Las voces se extinguen cuando asoma el peligro en un cruce sospechoso o cuando los motores mugen anunciando la embestida.

El sonido se modifica en presencia del color rojo, los motores entran en susurros. Pies, zapatos y cuchicheos levantan la voz de izquierda a derecha y de acera a acera. A la llegada de la luz verde, pies, zapatos y susurros se pierden. El amarillo ha proclamado la llegada de la prisa detectable en los gritos de las bocinas. Y nuevamente el rojo vuelve a ordenar la pausa dando paso a los mugidos de la espera.

Después del semáforo en rojo el ruido dilata sus decibeles, la luz verde es el abono para la bruma sonora y el amarillo el alcahuete. Las imágenes que transmite son igual a sus sonidos, estricta concordancia entre lo que suena y lo que se ve.

Según el color los peatones se aglomeran en las esquinas en pequeñas manadas hasta que el orden da la orden de moverse. Los semáforos son directores de orquesta polifónica con la batuta en sus tres colores.

12:00 p.m. hora en que los buses y andenes se embuten de cuerpos. 1400 pesos obligan al desprendimiento del tacto del pie e instaura el dominio ocular. C10, antes 12. Subirse es ver pasar cosas estáticas dentro del bus. El pasajero está encasillado y controlado en el asiento. Todo es cuadriculado, el bus es una imagen racionalizada, como un panóptico en miniatura que deja ver la producción de un orden. Cada pasajero, cada cosa está puesta de acuerdo a un orden externo.

Detrás del vidrio, las cosas se colocan a distancia, hacen hablar a la memoria o a los sueños. Las separaciones suspenden al individuo consigo mismo en paisajes desconocidos y extrañas historias interiores.

La ventana del bus hace abandonar las imágenes que muestra y que no se mueven. Su movimiento está en las provocaciones causantes de la modificación del espacio-tiempo. Precisamente, el ruido viene de las separaciones. Las divisiones silban, pitán, insultan; hay batir de motores, ventanas que se corren, rozamientos de calles y de espacios, pero que pareciera que aniquilara los lugares por donde pasa.

El quiasmo tiene lugar en la ventana del bus y la calle con sus orientaciones. La vía, con líneas blancas o amarillas, cortan el espacio y transforman el suelo en la velocidad de la fuga de la impaciencia. La ventana permite la visión, la calle y su señalética permite atravesar recorridos.

Desde lejos, el bus organiza todos los ecos de su trabajo. Su orquesta indica lo que hace el orden, y advierte, como un rumor, que este orden “va pa largo”.

Un bus es la ventana que muestra a la sociedad como una fábrica de espectadores viajando en la transgresión del espacio en medio de los asientos. El pasajero se pone a distancia como espectador en relación a la calle, a lo externo en el bus.

De este modo, el bajarse del bus es el recomienzo del cuerpo a cuerpo en una realidad donde el pasajero ha dejado de ser espectador; ha dejado la ventana y ha retomado los pasos.

4. ARISTAS: NODOS EN RESONANCIA

Viejas fotografías y rumores hablan de la calle 18 como una apatía inaugural hacia los bordes exteriores de las casas, siendo las fachadas de modelos muy sencillos y rústicos porque tal vez importaba más el interior de las viviendas.

Doña Teresita cuenta que en el sector de la Iglesia de San Juan y del Parque Nariño *casas rústicas eran. Allí al frente había una droguería* (mi abuela dice que se llamaba Droguería San Francisco. Calle 18 con carrera 25A esquina). *Todo esto eran casas rústicas y eran calles empedradas. Bancos no había. Todo esto era una que otra casita, no más; edificios juntos eso no había, las casitas eran más separadas. Todo esto daba un campo bastante bonito, el Parque Nariño era un paisaje bien bonito.*

En otras palabras, los relatos dan cuenta de que hasta hace poco la calle 18 no definía del todo sus esquinas, sus cruces y las direcciones, por lo tanto, no tenía problemas de tráfico y de ruido. Las casas se situaban dispersas, un tanto separadas, cada aparición operaba como una célula individual, independiente de cualquier boceto urbano. La calle se mostraba con esquinas totalmente indefinidas, los atributos espaciales, los significados, las manifestaciones sociales se han ido incorporando a través de procesos graduales resignificando los espacios urbanos*

Aquí existía una casita de teja (frente a la iglesia de San Juan, calle 18 con carrera 25), *esto era una casa vieja; aquí abajo en la esquina había un seminario* (calle 19 con carrera 25B, Parque Nariño) *por ahí donde está el semáforo.* Indicaba el señor Eduardo Martínez.

La esquina y sus sonidos es marcada por la transformación del territorio, que es a la vez, una acción intelectual intencionada. Las nuevas construcciones y adecuaciones, a partir del

* La calle 18 muestra una fuerte dinámica en la mayoría de sus esquinas. Por tal motivo, y desde el ritmo-análisis, es indispensable empaparse de “Las Esquinas. Arquitectura y ciudad”. (A. Gonzáles Riquelme, E. Basurto S., 2013, pág. 40-61).

levantamiento de muros o edificaciones, aportan los ángulos rectos que son, también, el límite de la cuadra y una de las puntas de la manzana.

La esquina permite la agregación continua y sucesiva de espacios habitables y posibilitan también la idea interna de espacio en un espacio más grande: la calle 18. La grafía de “la 18” se constituye de calles, carreras, cuadras, manzanas; es un fragmento de la calle que adquiere mayor patrimonio al establecer un diálogo estético con el entorno y el ciudadano al crear en éste un espacio público habitable.

Esa casa que está en la esquina del Banco Popular (¿cuál? –digo yo) ¡Esa! esa casa amarilla de la esquina que se ve de aquí es la Gobernación. Eso siempre ha habido..., ahí había lucha libre, hacían programas de cantantes (...) A mí sí que me gustaban los golpes por eso yo estaba de primera; los golpes pero cuerpo a cuerpo, no que golpes con guante o con cuchillo o machete... a puño limpio me gustaba ver a mí. Era un teatro adentro, ahí presentaban toda clase de eventos. Había obras de teatro, pobres pobres, pero había... Me gustaba ir a ver películas a la gobernación y al imperial porque presentaban películas de vaqueros, de Cantinflas, de Resortes, de esos que son bien chistoso y ya no fui más porque comenzaron a presentar películas de pornografía. Yo conocí el teatro Imperial, el Colombia y el Alkazar, íbamos a ver películas; en el Walkala, teatro Javeriano, pero los teatros ya se han terminado, ya no hay teatros ni salas de cine como antes. Dicen que hay salas de cine en el Valle de Atrís, pero yo allá ya no conozco.

Las esquinas de la ciudad construyen espacios íntimos y efímeros dependiendo del tiempo, de las actividades y de los personajes adscritos al lugar. Aparece la esquina como una nueva condición espacial, tanto interna como externa, generando rincones en las casas y en el exterior de las mismas. (González, E. Basurto, 2013, Pág. 41)

La calle 18 destaca por la posesión de esquinas diversas. De hecho, una esquina permite el encuentro de dos lados cuya arista viene a conformar los límites del espacio. Los nombres de las calles son asignados de acuerdo a los límites. Las designaciones de las placas de “la 18” dan cuenta de su fragmentación: calle de la Compuerta, calle de la Merced, calle del Liceo, Plaza Mayor, calle del Achiral. Todos los nombres contienen sus fronteras. La calle se bautiza por tramos: de esquina a esquina, de un cruce al otro cruce, pues la esquina se ve como el cruce de calles y carreras venidas de otras esquinas.

Al hacerse públicos, los cruces generados en las esquinas posibilitan un modo de apropiación y un uso distinto del espacio público, cuyas manifestaciones derivan del encuentro de diferentes direcciones en un mismo punto. Las necesidades sociales ingenian un cúmulo de opciones entre los dos lados.

Según la hora, el espacio se divide en lotes sonoros. Se fragmenta para las señales de tránsito, para el comercio, para el transeúnte, para las diversas formas de promocionar el trabajo formal e informal, etc. La sinfonía es constante. Las esquinas, por su lado, aparecen con diferentes dueños en el día y en la noche. Las esquinas y las aceras no ofrecen los mismos productos en el día que en la noche, por lo tanto, tampoco los mismos sonidos.

A eso de las nueve a eme, por ejemplo, las aceras de “la 18” exponen sus ritmos cotidiano ambulantes comerciales: minutos, café, chocolate con pan con queso, dulces, los restaurantes interviniendo con los huevos fritos; y dependiendo del clima asoman al andén: máquinas de conos, chupones, helados, jugo de caña, mango biche. Cada actividad es protagonista del ambiente sonoro que en esta calle se amplifica.

Las esquinas son estratégicas a la mirada, es el anclaje de visiones disímiles en relación equitativa entre dos direcciones. Cualquiera que sea la altura de la esquina siempre exhibe el

encuentro de calles de distinta dirección. De este cruce devienen un determinado número de esquinas (por lo general, cuatro)

3:30 p.m. De lunes a domingo frente a la Casa Sarama, donde quedaba la Casa Japón o Foto Galaxia y ahora lo ocupa almacenes Bata (calle 18 con Cr 24A), la esquina es polifacética: venta de música, de cremas de marihuana, de sobres para proteger los documentos de identidad, accesorios para sacar burbujas, más zapatos, más minutos, músicos tocando por monedas, entrega de chapolas o bolantes de mano de adivinos y curanderos.

La circulación peatonal propone movimientos que aunque en caos, son orgánicos al ambiente del andén. Todas las trayectorias se mueven, cambian paso a paso y se reparten en porciones, en sucesiones y con intensidades que varían según el tiempo en el espacio-tiempo.

El acto de caminar está inmerso en las organizaciones espaciales. Los rodeos llevan a encuentros, instantes u ocasiones sucesivas que no paran de mover y alterar el camino en pleno recorrido; la costumbre al lugar hace perder de vista el lugar.

En la esquina de Bata los bolantes de mano sumergen al peatón en el misterio. Ya sea el maestro Salomón o Kasandra la Experta, o el hermano Miguel y la Congregación Orión. En todo caso, la brujería muestra la perduración de la oralidad en las sociedades contemporáneas. ((Le Breton, 2007, pág. 136). Palabras que prometen “la recuperación del amor. Garantizo con solo nombre y apellido el regreso de su ser querido dominado, ligado y atado, sin daño alguno y sin que se dé cuenta en tan solo 3 días”; “secretos del Llano y misterios del tabaco. Curamos enfermedades desconocidas, maleficios, impotencia sexual, frigidez”; “ojo con solo mirarlo le digo qué problema tiene o que mal le han hecho. Curo enfermedades postizas, envidias, le retiro malos vecinos y enemigos ocultos”.

La esquina promete espacialidades revisables y espacios hiperactivos dinamizadores de la vida pública.; lugar de encuentro social donde se da la posibilidad de abrir innumerables espacios dentro del mismo espacio, ya sea que se lo habite o que se lo “pase” solamente.

Julio Eraso* también da su testimonio de la esquina (calle 18 con Cr 24A) y del *“Edificio Pastuso”*. *Ahí era Foto Galaxia, luego Casa Japón... La historia que a nosotros nos han contado y relatado es que hicieron el edificio pero siempre creyeron de que el lote de al lado, de un hermano que construyeron eso, se lo iban a vender. Y dicen que, como que el hermano se muere, o una vaina así. Se muere el hermano y los hijos ya no le quisieron vender al tío ese pedazo para que haga las gradas. Ahí donde ahora queda Claro; ese pedazo era exacto como para hacer todas las gradas para subir al segundo piso. Entonces, de todas maneras, esa determinación de llamarle “El Edificio Pastuso” es por la anécdota de que ¿cómo van a construir un edificio sin gradas? Y creo que la única manera que hay es tumbarlo y volver a hacer un edificio moderno. Pero nunca han podido utilizar ni el segundo ni el tercer piso.*

Pero hay una anécdota bien bonita que nos la contaban para esto de la Historia del Teatro Universitario en Pasto, y era que Jorge Bedoya el “Loco Bedoya”, él hacía actos teatrales ahí (imagínate todo relacionado con lo político, con la reivindicación de los derechos de las personas), y él contaba que se subía, que lo subían por una escalera hasta el último piso y escondían la escalera, o sea, habían como varias estrategias teatrales, y luego el man se subía allá arriba y el acto que hacía era que se iba a suicidar. Se subía en toda la esquina y gritaba ¡me voy a suicidar! ¡Me voy a suicidar! Y claro, que eso generaba un pánico muy tenaz y la gente se rodeaba alrededor de él. Y dice que él tenía otras personas que también actuaban y decían ¡no, no por favor!, o sea que ayudaban a generar los pánicos, las tenciones, como toda

* Profesor de la Universidad de Nariño y del Liceo de la Udenar. Suele trabajar en el Pequeño Teatro del Liceo (antiguo Liceo del centro. Hoy Casa Cultural Antiguo Liceo). Es miembro del Colectivo Teatral de Pasto y presidente de la Corporación Escénica de Pasto La Guagua.

obra de teatro, y la gente estaba ahí, ahí, ahí... y cuando él sentía que se reunían mucha gente tiraba unos panfletos que decían abajo el gobierno, abajo el estado de sitio. Y luego la gente dada al chiras (enojada) y querían era subir a cagarlo (golpearlo) y darle duro porque cómo se va a poner a hacer un chiste de esos, pero como no habían gradas nadie podía saber cómo era que se subía él.

Haciendo una recopilación, esa calle se convierte en un espacio como de lucha, de beligerancia. Y son las calles mayores de esta ciudad: la 18, 19 y 17 son como las tres vértices de la ciudad. Son los lugares donde la gente camina como buscando algo, como el destino.

En el entrelazamiento callejero y cotidiano cada cuerpo hace al otro. Toda esta red citadina compone una historia múltiple formada por fragmentos de trayectorias y espacios; la historia sigue siendo diferente día a día. El cuerpo de los caminantes obedece a la cuadratura de las calles que ellos mismos construyen culturalmente pero que transitan sin darse cuenta. Los actores manejan espacios que no se ven porque ya se han transformado.

5. DESPUÉS DEL VÉSPERO

El almuerzo y el estruendo del tráfico lo repetimos a diario pero no es el mismo todos los días. Un grito, un chirrido de frenos, un accidente confunden los ritmos sensibles y los quiebra. La noche y el día se repiten en la diferencia. Se repite el espacio pero no la misma noche ni el mismo día y en cada fracción de tiempo el espacio tampoco se repite porque se transforma.

Cuando la tarde gana terreno los llamamientos de las minifaldas del Callejón se multiplican, se proliferan por las esquinas, por las entradas de los hoteles. ¡Cuántos “mi amor” he acumulado! ¡Cuánto rubor en mis oídos!

Sin embargo, dicen que antes habían más, dicen que por la Plaza del Carnaval abundaba el rojo pintalabios, que la moral, como cosa rara, las trasteó a la periferia (la moral trastea antiguas prácticas a la periferia), dicen que de aquel carnaval queda muy poco. Hoy, las minifaldas y el terminal son de la periferia. De esa receta tradicional para preparar ciudades, el único ingrediente que no se vertió en la periferia fueron las iglesias, porque la plaza se fue con ellas.

La zona de la Alcaldía del centro es solo para el tráfico. De lunes a viernes este sector presenta una dinámica diferente a los fines de semana, la noche es otra presencia en el mismo espacio. Para el transeúnte nocturno inexperimentado un lugar solitario junto con el silencio es un lugar peligroso e inseguro. La inseguridad pone en duda los espacios públicos.

En la noche el Banco de la República se aísla, lo aíslan. Por sus referencias y rumores, los alrededores del Banco obligan a figurar en el tiempo en disposición de alerta. La noche es el momento en que el espacio-tiempo se modifica.* La clandestinidad sonora no disimula los

* La cuestión del ruido es también asunto del tiempo en el espacio-tiempo. En el día el ruido es “normal” en la ciudad. Sin embargo, en la noche la ausencia de sonidos pone en estado de alerta al cuerpo. La relación con el silencio revela aptitudes sociales y culturales, pero también personales; exige poseer los recursos simbólicos necesarios, de lo contrario abre las puertas al miedo, a la intranquilidad, a las prevenciones. (Acercas de las emisiones sonoras nocturnas ver los capítulos: “El otro y su batahola” y “Conjura ruidosa del silencio”, Le Breton, 2007, pág. 112-116.

misterios ignorados. El hombre percibe significados donde antes había sonido, por tanto, el sonido no es real la manera de escucharlo sí.

En la noche los objetos y los espacios pierden reconocimiento. Los antecedentes y las referencias del imaginario colectivo catalogan este sector como inseguro y peligroso (*aunque ahora no es tanto*), zona de rebusque, de vicios y prostitución, pero es la cotidianidad del lugar. El espacio y los objetos se desrealizan en la pérdida de sentido, hasta el punto de que el semáforo deja de existir para ser tan sólo un juego de luces en una superficie indefinida.

La noche y la sombra, como herramientas para pasar desapercibido, promete a las adicciones mecanismos de regulación del ritual. Los excesos también se teatralizan (el que vigila, el que fuma, el que bebe, el que vende) y devienen en sucesos dramáticos. La noche es alcahuete de los vicios siempre y cuando sus acciones se hagan a oscuras. Las perversiones no admiten la vigilancia.

Si los vicios, en su figura de acto nocivo, trastocan moderadamente lo reglamentado e instituido, erigen colectivamente las zonas oscuras irremediables al individuo.*

Definitivamente, la noche es otra historia, con su presencia la realidad se actualiza a través de los excesos. Los vicios tienen una función de integración y de rechazo, provocan a la vez proximidad y distancia, Los vicios son un reto tanto para el que observa como para el que disfruta.

Esta clase de conductas se dan en la oscuridad porque son prohibidas. La noche es un fragmento de la vida cotidiana que se bate entre el espectáculo y la vigilancia.

* Michel Maffesoli hace una inquietante interpretación de “El cuerpo expandido” a partir de las conductas orgiásticas que se desprenden de los contactos con el licor, el beber, la proximidad, que generalmente tienen lugar en la noche o en las sombras. Los excesos son vistos como otra manera de hacerle el quite al orden imperante (M. Maffesoli, 1996, pág. 156-164)

La Plaza del Carnaval es voluptuosa en el véspero, sería bueno hacer o ser parte de sus perversiones. Cuando la noche se acerca los alrededores de la zona preparan los desenfrenos. El espacio-tiempo se altera para el itinerario nocturno de donde germina, a su vez, el itinerario sonoro nocturno del lugar.

Si la calle hace silencio los peligros y los miedos se amontonan. Las personas ceden a la angustia. Las voces se apagan, los atracos y los juegos eróticos se dan en voz baja. Las palabras suenan pasito, como si se dijeran cosas prohibidas. La pantalla de la noche, al parecer, solo ofrece películas de terror, pero eso ocurre por no estar acostumbrado al espacio nocturno particular.

La Plaza me conmueve más en la noche. Cuando la noche se hace adulta la inseguridad gana terreno. Para el investigador con poca experiencia la noche limita la observación, la inseguridad lo intranquiliza.* La noche almacena las precauciones porque el miedo así lo amerita. Entrar en ella es asimilar un mundo ajeno. Entonces, se debe entrenar o practicar para la inseguridad, para las aventuras de la noche, aprender a salir no tan lastimado.

En un leve sonido, en medio del silencio de la noche, se encuentra la percepción de la vida y la muerte según la posición interna, individual. El parlante de la noche amplifica lo desdeñable, cualquier murmullo es una amenaza.

Todo calla ¿Qué desierto quiso estacionarse en esta soledad? Aunque, rumores tenues ofrece la noche donde el sonido angustiante manifiesta que no todo duerme ni ha comenzado a hacerlo.

La noche se vive de diferentes maneras según el espacio-tiempo. Los estatutos de la noche decretan las conductas nocturnas. Se trata del propio aprendizaje desde la constante interacción

* Los sentidos corporales no son para nada pasivos obedecen, más bien, a los símbolos culturales. El centro de gravedad de la dominación de las percepciones del entorno no reside en el propio entorno, sino en los datos de la cultura. La noche en Le Breton es una presencia cargada de significados y que obliga a estar bien entrenado si se quiere transitarla. (ver capítulo “De Ver a Saber”, 2007, pág. 51; Subcapítulo “La Noche”, pág. 87-90)

(doma*) Algunos ya se acostumbraron a las condiciones de existencia (ancianos indigentes, vendedores viejos) y creen pertinente desplazarse o trabajar en la relativa angustia, oscuridad, silencio: cotidianidad nocturna.

La noche es un lenguaje y mantenerse alejado de los sonidos nocturnos es marginalizar su lenguaje. Si no se está preparado la noche no perdona. 11:00 p.m. El CAI de la Plaza es otra parodia del supuesto orden, roban en las narices de ellos, hace un rato, hecho el investigador social, me atracaron. Y me dijeron que me porte bien.

En la Merced la noche suele ser el estado de supuesto silencio, como una especie de toque de queda voluntario. Ni siquiera una llamada. La noche no tiene tiempo para más minutos. La Iglesia está cerrada, la plazuela completamente vacía, los semáforos son basureros. Postes, semáforos, señales de tránsito son ideales para utilizarlos como baño público, como basureros, pedestal publicitario, de apoyo para vomitar, para el excremento de perro.

La noche es inevitable al igual que sus murmullos. El refunfuño de las palomas nocturnas estacionadas sobre los balcones o los techos de las casas, uno que otro lejano ladrido de perro, el zumbido de los motores de calles cercanas, las mariposas merodeando los reflectores de los postes que iluminan a la nada adormecida; todas esas resonancias y ritmos nocturnos se apropian del espacio y lo resignifican.

* Se puede y se debe distinguir entre la educación, el aprendizaje y la doma (formación). Saber vivir, saber hacer algo y el conocimiento no son compatibles, o lo mismo, vida real, decisiones frente a una situación real y la educación gubernamental no son compatibles. En Lefebvre, la doma viene a ser algo así como la formación de sí mismo, formación que educa, que impone, que amansa. La doma se basa en la repetición donde la repetición es ritualizada en los seres humanos. Al llegar al mundo el ser humano se topa con valores que serán aprendidos para posteriormente ser enseñados; aprender un oficio para transferirlo: la repetición, el ritual. El hombre se moldea a sí mismo y es moldeado aun sabiendo de esta situación. (ver “La Doma”, Lefebvre, 1992, pág. 28-32)

La noche disuelve algunas relaciones colectivas con las cosas y objetos, las hace invisibles. Para los carros que suben por la carrera 22 y los que siguen por la 18, el semáforo funciona en la nada, las señales de tránsito desaparecen.

Los silencios hacen su respectiva presencia y las prevenciones no estarán tranquilas hasta que la luz devuelva los contornos familiares. Un sonido en medio del silencio es una palabra de aliento. El lugar parece silencioso y lento pero la banca manifiesta otra dinámica: son camas, son baños, son bares, una mansión en plena banca, abundancia de la vida minúscula. La noche vuelve lentas las actividades del día y, en ocasiones, las transforma: el semáforo ya no es lo que es, sus colores se tornan transparentes: control social que se sale de control, pues, no hay la vigilancia. La noche acarrea otra modalidad de escucha despojada de las referencias sonoras diurnas. Los sonidos, los olores y los ritmos estarán siempre asociados a un lugar en particular.

La noche es otra historia, todo lugar tiene una vestimenta diferente después de que se esconde el sol. Los candados vuelven a su sitio. Otras voces, otros personajes aparecen, incluso hasta otros olores hacen presencia. De la Alcaldía hasta la Merced, el tránsito peatonal es casi nulo, el lugar se torna dudoso, causa desconfianza. Mengua la gente, sus actividades y el sonido.

Por lo general uno escucha voces y pasos que le resultan sospechosos. Parecen provenir de todos lados (sobre todo por la espalda), parecen estar muy cerca, mirándote. De repente miras la fuente que materializa el refunfuño de esas voces, esos pasos y ya el sonido no se mueve, pero nadie duda de su profundidad elástica. Cuando se acerca la noche la gente necesita hablar en susurros, la intimidad separa su franja nocturna, mientras tanto los hoteles deshacen el nudo de las cortinas. Similar al tiempo no calculable, tampoco nadie concibe el entorno acústico de la misma manera, pues, todo murmullo viene cargado de significado.

Deben ser más de las diez de la noche. El camión de la basura no suena pero levanta las bolsas que dejaron en los andenes, postes y semáforos. Desde aquí hasta el parque infantil los andenes tienen bolsas plásticas repletas de basura.

De esta manera, la noche modifica los pulsos ciudadanos dando paso a otros sonidos; quedan las mariposas que han salido a darse contra el alumbrado público, queda un esporádico par de tacones cruzando la calle; quedan los semáforos que han cambiado sus colores por bolsas de basura. También queda la fachada blanca de la Alcaldía, con su amplia acera empedrada ausente de minutos, como si Pedro Becaría y Espinoza hubiese pasado a hacer una llamada.*

El lugar está desolado, la aparente soledad reina por unos instantes. Las luces del alumbrado público envían sus sombras a hacerle seguimiento a la tranquilidad, se escuchan pasos que se acercan. La noche instala ecos en las paredes que amplifican en sus retornos mis pasos. Las sombras siguen cada vez más cerca, obligan a acelerar el paso, el corazón y la respiración, hasta que otra luz da cuenta de que se trataba de tu misma sombra.

Son calles solitarias repletas de significado, los silencios tienen significados al igual que una plaza congestionada.

El silencio reclama llevar los significados simbólicos para hacer soportable la angustia, el miedo. Las sombras y sus rumores aniquilan el relativo silencio y la tranquilidad. En un mutismo difícil de sobrellevar, el menor estremecimiento en el entorno es ya una amenaza, como si un leve

* “El gobernador Pedro Becaría y Espinoza visitó a Pasto entre la primera semana de junio de 1778 hasta diciembre de 1779. Durante ese lapso ordenó empedrar las calles y que los vecinos blanqueasen el frente de sus casas. Luego ordenó numerar las calles”; Ricardo Arroyo Arboleda, “Aguas y Desagues para Pasto. Trabajo de Promoción”, Revista de Historia, Academia Nariñense de Historia, Volumen VII, No 53-54, San Juan de Pasto, 1985. Pág. 31.

movimiento fuese a provocar la llegada de fuerzas oscuras. Otros, por su parte, acuden a la compañía de un radio, de un televisor o algo similar que haga ruido y espante al enemigo.*

Por otro lado, en el Parque infantil, Cámara de comercio y el Parque Nariño la noche se manifiesta de otra manera. El tiempo es diferente al uso del tiempo** pero los dos se complementan. Los días de descanso no hay descanso, los fines de semana y la noche enseñan su estallido.

A menudo, la noche, los fines de semana, las horas de receso modifican las actividades laborales obligando a presenciar la transformación del espacio, las maneras de ser y estar en el espacio. La angustia de la noche no es la misma en la Plaza que en el Parque Infantil dependiendo del espacio, el cuerpo siente la noche fragmentada.

No es fácil acostumbrarse a los regímenes de la noche, solo el permanente contacto hace posible la familiaridad con la clandestinidad. La noche tiene sus reglamentos, quien ingrese aquí está obligado al adiestramiento mutuo personal por medio del adiestramiento exógeno.

Por ejemplo, una noche, por estar hecho el investigador social me atracaron: *Portate bien para matarte de último*, me dijeron después del asalto. Entonces, me di cuenta de que no tenía que hacerme el investigador, tenía que serlo.

La noche, el silencio y la dilatación de las prevenciones son una trama simbólica que se relacionan entre sí. El contacto con cualquier persona es rechazado, los ritmos corporales cambian aunque todas las cosas no hayan cambiado de disposición, el menor leve ruido modifica la historia personal, debido a que ha encontrado nuevas preocupaciones afines con el espacio. La noche es obligatoria, para entrar en ella hay que tener referencias.

* El poder de ruido se manifiesta en su función tranquilizadora al disponer de señales tangibles de existencia. el sonido es información y presencia, es el signo de la continuidad de los otros junto a uno, tranquiliza al recordar que más allá de uno mismo el mundo continúa existiendo. (Le Breton, 2007, pág. 114)

** Lefebvre va a insistir en este aspecto a lo largo de todo el proyecto ritmo-analítico. El tiempo vivido y el impuesto chocan constantemente, igualmente, el tiempo no calculable y el cuantificable, el de la cultura y el del reloj.

La lluvia, la noche, los recuerdos y la relativa soledad obligan a plasmar líneas en el diario de campo. Las gradas del Banco han servido de escritorio y escampadero. Sin embargo, escribir, al parecer es una práctica extraña por estos lados. En la mañana unos pasaban cerca y se burlaban, otros miraban con desconfianza. En la tarde un vigilante me miró escribiendo y me dijo que me fuera.

Pero con tanto recuerdo uno termina concluyendo que escribir es un flagelo de inevitable purga y una purga para dejar de flagelarse. Detenerse a escribir en un lugar solitario, y a altas horas de la noche, puede ser peligroso: uno no sabe qué recuerdos tristes se le vendrán encima.

6. DOMINGO Y SU BATAHOLA

Una batahola se presenta como una bulla o un ruido grande. Sin embargo, cada día del fin de semana tiene o posee sus actividades propias, sus dinámicas propias, por tanto, sus sonidos propios. El domingo en la calle 18 el ambiente es de un relativo silencio; el viernes de la música y la rumba, el sábado, estado medio.

7:00 a.m. El tráfico es lento pero silencioso, la ciudad se pone lenta. En esta calle hay tanto de “lo mismo de siempre” que no hay que echarle al diario de campo... ¡Perdón! ¡Me retracto! Acabo de notar que la abundancia de ausencias hace parte de la monotonía de “la 18” y más aún cuando la gente duerme. La soledad es otra forma de compañía, se acompaña con los recuerdos.

En el día de la madre todas las calles parecen tener resaca, no se levantan para nada. Cantidad de botellas de vidrio hechas añicos son el resultado de la íntima unión entre la sociedad y las embriagueces (aunque, preferiría decir borrachera). Las vías revelan los estragos de los vínculos sociales y de las antesalas a las celebraciones. De forma similar, todos los viernes celebramos la entrada del fin de semana.

Después de las 8:00 a.m. Los pregones, los ring tones, los chiflidos, etc., están dirigidos al oído humano. Los domingos en las afueras del Banco de la República y de la Plaza no hay descanso. Los establecimientos de ropa, o accesorios parecidos, no cierran nunca. A diferencia de los otros lugares de la calle 18, el comercio informal y la venta de garaje ya están abiertos. Los casinos también están abiertos, los vicios no detienen su actividad. La venta informal es eterna y surtida. Las oficinas, los bancos se abandonan, quedan las despedidas de los buses que van a la periferia.

El domingo acapara la preocupación por el cuerpo, el parque infantil es una herramienta para el cuerpo: ejercicio, paseo, caminatas, descanso, excesos. Los domingos “nadie” cocina, los restaurantes y la comida tradicional nariñense son del séptimo día. Platos, dulces, postres, helados

para el paladar del cuerpo; periferia y piscina para mover el cuerpo, películas para los ojos del cuerpo, paseos para desestresar y relajar el cuerpo. El domingo se manifiestan los cuerpos.

12:34 p.m. El día es incandescente. El sol apuñala. Los árboles y los techos de visera grande acaparan a la gente. La sombra se hace necesaria. Por acá, el calentamiento global también saca sus cuchillos. Los cuerpos son despojados de sus ropas, los chupones emboscan a los cuerpos.

La ciudad y el comercio caminan presurosos por motivo del segundo domingo del mes de mayo. El día de la madre moviliza y sonoriza toda la ciudad. Todas las calles desempolvan viejas canciones e incitan a adquirir productos para mamá. No obstante, al medio día el “ruido” merma. El almuerzo, nuevamente, ha trasteado los cuerpos.

A medida que prospera la tarde el sector de la Plaza del Carnaval arregla el escenario para sus personajes vespertinos. Despacio se van destapando los oficios clandestinos, los vicios y las adicciones porque la vigilancia merma sus funciones. En consecuencia, las prevenciones y el miedo vuelven a rondar el lugar y el cuerpo.

La relación recíproca con la noche, el silencio y la angustia es algo privada e íntima, y su particularidad no es otra que la trivialidad de la existencia.*

6.1 Los bostezos del séptimo día

Alcaldía del Centro. Los fines de semana el sector, aparentemente, manifiesta la misma dinámica. No hay mayor diferencia entre sábado y domingo, a no ser por la ciclo-vía y las sesiones de bailo-terapia de la Plaza del Carnaval. Los domingos son del cuerpo, pero no a estas horas.

9:00 a.m. El día ya tendió su velo. La actividad es muerta a diferencia de los otros días. Los domingos es de muertos. Los domingos tienen el sonido de la muerte, por eso los cementerios se

* Un ruido que resulta desdeñable durante el día se vuelve más enigmático durante la noche, y si no resulta familiar suscita la tergiversación del acontecimiento entero. (“Noche”, Le Breton, 2007, pág. 87-88)

colman en el séptimo día. El tráfico merma, es reducido y lento. Los domingos, la periferia hace parte de las relaciones sociales, los alrededores se consumen para sacudirse la jornada laboral, los domingos se consume descanso. Pero mientras unos descansan otros trabajan descubriendo maneras de aportar al descanso. El tiempo es un producto social. El espacio y el tiempo se dividen en rebanadas: por un lado se vive y por el otro se comercia*

La mañana sigue y el tedio es muy agresivo. Fuera de las jornadas laborales esta zona es solo para la calle, nada más es funcional aquí (aunque, algo de marea baja se percibe los domingos por acá). A excepción del asadero de pollos, nada está abierto. Todo sonido que se escucha en este sector proviene de la Plaza del Carnaval que ya inició sus sesiones de bailo-terapia.

La venta ambulante se trastea al lado de los cuerpos, los sonidos que emiten son para atraer a los cuerpos. No obstante, nada desea permanecer aquí. Nadie cerca ni lejos. La bocina de la mazamorra nuevamente se lleva mi bostezo.

3:56 p.m. Y por enésima vez otras piernas me distraen la mirada: - ¿Qué buscaba, mi amor? ¡Vamos! - El mismo libreto en el personal del mismo oficio.

Voces de tacones provienen del Callejón, sus paredes engrandecen la acústica del caminar. Un perro aúlla ¿de aburrimiento o de hambre? Para mí que de lo primero. Gente borracha remellada la cara. Si no fuese por el callejón, este domingo se habría quedado con la hoja en blanco.

En este lugar ya es de noche a pesar de ser “temprano” (marcaban las 4:02 de la tarde más 34 segundos). La calle señala una cosa, el reloj dice otra. Los domingos esta calle no se levanta para nada. En los andenes no hay venta ambulante porque no hay actividad laboral.

Los fines de semana establecen otro horario: un tiempo dentro de otro tiempo en que emergen obligaciones que no vienen de afuera, en definitiva, la construcción del imaginario.

* El tiempo entra en la canasta de los productos, y como todo producto, el espacio y el tiempo se divide y rasga en el uso y en el valor de uso. Por un lado el intercambio, por el otro el valor de cambio; en un lado se vive y en el otro se vende. (Lefebvre, 1992, pág. 47)

El tiempo está en las llegadas tarde, está en el color del día, en las conmemoraciones de fiestas o fechas especiales, en la música pregrabada de las iglesias, en fin, en los sonidos de la ciudad.

Ya llega la noche. Otra vez la exagerada desolación desempaca las prevenciones, una vez más los peligros se roban la calma. En un domingo solitario cualquier lugar es apto para las perversiones, empezando por los parques y plazas; sobre todo las bancas.

En las bancas de plazas y parques se escuchan jadeos consecuencia de los manoseos, en las bancas suenan los sorbos de humo de cierta sustancia que causa polémica su legalización; las bancas en ocasiones, no son bancas, son también bares, camas, comedores. Son todos los lugares de la casa. Las bancas son imprescindibles a la hora de chuparse un chupón.

El domingo despierta después de almuerzo. La ciclo-ruta se hace pertinente, algunas cuadras están cerradas. En la tarde es como si la ciudad saliera de paseo sin avisar a dónde.

7. TEATRALIZACIÓN SONORO CITADINA

El ciudadano siente a profundidad los cambios y no los asimila al instante, por tal motivo, se comporta de una manera no política a partir de diferenciar entre el tiempo vivido y el estatal. El tiempo social (el tiempo no calculable) intenta hacerse a un lado del tiempo medido, cuantificado. Así el espacio se transforma en zona de encuentros, juegos, maniobras, negocios; **el espacio se teatraliza***

7.1 Una Plaza para el Carnaval equivocado.

7.1.1 Viernes

Contrario al sector de la Alcaldía, a las 8:00 a.m. la calle ya está en pie. El comercio ya casi está listo, únicamente faltan los carros de chupones; los minutos ya están, los lustrabotas también, los casinos abrieron hace ratos. Ya no más inicia la función.

Mientras comienza el desfile aprovecho a coger banca cerca al CAI de la policía. Una señora llega a descansar a la misma banca: *este es un buen descansadero* – me dice - *pero aquí es maluco sentarse... no ve que aquí se sientan las vagabundas...* Luego agarro su costal y se fue. No alcancé a preguntarle nada, ni siquiera el nombre, pero dejó huellas en el diario de campo. ¡Qué banca tan bien ubicada! La estancia aquí se hace literaria. Veo algunas minifaldas descaradas o, más bien, bondadosas que se alistan en las esquinas, más sin embargo, queda la enorme duda de descifrar si son ellos o ellas.

Por estar distraído no me di cuenta cuándo inició la función (tal vez, mucho antes de que yo llegara).

* A través de la reciproca relación del tiempo vivido y el estatal, una lucha por la apropiación del espacio se desprende; el tiempo social se desprende del Estado. Así, el espacio público se convierte en varios lugares; se teatraliza. (“Intento de Ritmo-Análisis en las ciudades mediterráneas, Lefebvre, 1992, pág. 58”)

Ya son más de las 10 a.m. La plaza del carnaval suena a baño en mal funcionamiento. Un lugar que hule a orines manifiesta la inutilidad de su funcionalidad, sobre todo si se trata de un espacio público*

Por otro lado, los andenes simulan un centro comercial sin paredes: juegos de azar, feria de artesanías, interminables hileras de libros de segunda para lectores de primera, guarapo, chupones, el carrito de conos implantándome un duelo y un bolsillo que rechaza tal invitación. Raspados, conos, helados, bebidas de chaman, café, aromática, el freír de las arepas de choclo con chocolate; todo lo anuncia la voz humana.

Juegos de azar al aire libre y a precios cómodos. Los dados esperan dentro del vaso. Apuestas de cien pesitos en adelante en mesitas improvisadas. Sonido de dados rebotando en un vaso dispuestos a ser arrojados a la mesa y el soplo de la buena suerte. Unas manos sacan paisajes inventados de las latas de aerosol, paisajes que se rifan, rifa que no gano.

No sé si la administración local se ha dado cuenta de que construyó la plaza para el carnaval equivocado o que ha modificado el que ya existía. Aunque todavía perduran secuelas de gritos de fiesta. Distingo ancianos que se encuentran a los tiempos y entrepiernas que llevan aquí mucho tiempo. Para nadie es un secreto que esta plaza es y sigue siendo una zona de entrepiernas, *¡hola mi amor!... ¿qué buscaba?*

Y el espectáculo es eterno, la programación es variada. En el camino encontramos escenas del capítulo anterior: un frasco de bóxer vacío (¿quién lo usó y no invitó?); *¡regáleme doscientos pesitos!* La crisis ha alcanzado a todos, antes solo se pedía cien.

* Los olores son una parte de los ritmos, los revelan: los olores de la mañana y tarde, de horas de luz solar o de obscuridad, la lluvia o el buen tiempo. El ritmo-analista observa y retiene los olores como las huellas que marcan los ritmos. Él se viste de este tejido de lo vivido, lo cotidiano. Pero las dificultades nunca se alejan de él. (Lefebvre, 1992, Pág. 18)

Definitivamente no habrá jurados para este tipo de carnaval. Todos ganan porque todos sobreviven.

La mañana avanza. Ahora el turno es para el curandero o el culebrero. Los viernes, en horario familiar, el Parque Nariño y plaza del carnaval suelen presentar a los culebreros. Sus palabras llaman la atención de personas con sueños frustrados. Sus afirmaciones anuncian las soluciones al amor, a la enfermedad y a los percances económicos. La gente lo rodea, lo escuchan, se aferran a sus palabras porque es allí donde realmente acontece la magia: en las palabras. Este personaje suele venir en varias presentaciones pero las creencias acerca de sus prácticas vienen por separado.

La venta informal sigue y se modifica. Ahora presentan los coros de las máquinas de todo tipo: de algodón de azúcar, de inflar globos, de asar arepas, de conos, de helados, de chupones, de jugos, de frutas.

12:42 p.m. El mismo árbol con diferente culebrero. Ahora son “adivinos”, realizan el juego de adivinar el nombre y el número de cédula. Hace ocho días estaba, en el mismo árbol, un negrito curandero. El itinerario de los árboles es arduo, es más fundamental que el CAI. Los árboles son otra presencia metamorfoseada, son refugios de múltiples oficios, más que de personajes. El itinerario de los árboles expone una agenda muy apretada.

Después de la una de la tarde, cuando algunos todavía almuerzan o comienzan a hacerlo, el tráfico y el sonido citadino merman. El culebrero se fue y con él se fue el espacio de ese momento. El sol insiste en estacionar en la plaza, el cuerpo añora una banca con sombra, las bancas se ocupan, se comparten. Los borrachos de la banca de al lado continúan su farra de toda la vida: para ellos siempre será de noche. Algunos roncan en sus colchones de cartón, han estirado cobijas cerca a las sombras de los árboles.

El almuerzo es un tiempo instituido destinado al cuerpo, mueve la ciudad por completo puesto que es una cuestión del cuerpo. *Se hizo de diota. Voy a ver que le hecho a la olla*, me dice una señora que llegó a la banca donde yo estaba sentado, *vaya... yo voy a ver que le hecho al diario de campo*, le respondí para mis adentros.

La tarde entró presurosa. Los habitantes de calle están a la espera de la donación del cafecito con pan. El tráfico se manifiesta ¿Qué ambulancia no camina con afán?

5:39 pm. Las bocinas llevan la impaciencia en el gesto (rostro) de los conductores. La tarde se pone fría, las piernas ligeras de ropa insultan al clima; para vender más es necesario disminuir las ropas. El espacio comienza a prepararse para la noche. Los establecimientos se van cerrando, las bolsas de basura, que ocupan andenes y postes, se van abriendo, el reciclaje atiende de lunes a viernes a estas mismas horas. Por el contrario, el olor a *miados* queda intacto.

6:00 p.m. la noche se inaugura con lluvia que deja los parques y plazas solitarias, como si el agua hubiese llegado con una orden de desalojo. La lluvia se extiende hasta bien de noche, pero los casinos y los moteles no cierran, lo demás ya entró en receso. Mientras el aguacero cesaba pude escamparme en el Banco de la República, los gorgoteos de las gotas de agua quedaron impresos en el diario de campo y descubrí, permanentemente, que sentarse a escribir en un lugar solitario puede ser peligroso.

7.1.2 Sábado

Las luces del alba y el silencio traen consigo el encuentro con uno mismo, agita el caudal de la autobiografía poniendo en movimiento los recuerdos. *Hasta que yo me acuerdo ahí quedaba el terminal y poco de cantinas... Las berlinas se les decía en ese tiempo a los carros viejos; toditicos eran amontonados ahí para hacer carreras de noche*. Mi abuela también cuenta que *había una cantina grandota que se llamaba la Mochoroca porque así le decían a la dueña: una viejita envuelta una chalina, sentada ahí vendiendo*.

Cada seseo de la desértica plaza remite a la memoria. El molino, el terminal, el mercado ya no suenan, los hombres crecen en una trama sonora diferente a la de sus descendientes o a la de sus padres. (Le Breton, 2007, pág. 100, 124). “El Mechas”^{*} recuerda que *el terminal quedaba en La Mocha, habían hoteles, residencias... Las drogas, la prostitución nunca han faltado, basuco sobretodo, y marihuana*. “El Mechas” dice que conoció El Churo, La Ratonera. *“La Piedra” era un restaurante famoso para los indigentes, para los pobres... las casas tenían túneles y, algunas, se comunicaban la una con la otra. Por eso los allanamientos de la policía eran en vano*.

La Plaza del Carnaval resuena en sus antecedentes. La memoria viene a ser un ejercicio de olvido. Los sonidos de antaño también son reliquias, las casas o los museos de antigüedades deberían conservar algo o parte de ellos. Incluso, hasta el mismo carnaval modifica su cuerpo sonoro. Dicen que antes el desfile se abría con una caballería, que las carrozas eran teatros ambulantes, que no había carrozas sino carros decorados y que las personas intercambiaban montones de serpentinas de todos los colores entre los balcones y los carromatos. *En las gradas de la Merced nos sentábamos a coger puesto para esperar el desfile del carnaval*, recuerda mi abuela.

Inesperadamente, un alboroto me saca del recuerdo y del centro de la plaza. La plaza ya abrió el espectáculo y otra vez no me di cuenta. La gente corre hacia el lugar de los hechos. Es una pelea de “ratas”, cerca de donde huele a miados. “Las putas” imploran porque lleguen rápido los “tombos” y por fin el CAI existe, pero apaga la función.

¡Ah, Plaza del Carnaval y la Cultura! El hecho de que estén las putas, los miados, los ratas, los tombos no quiere decir que eso no sea cultura; ¡como si eso no fuese cultura!

^{*} Gabriel Geovanny Pantoja, Maestro en Artes Visuales (Udenar), trabaja en el Centro Cultural Palatino de la Universidad de Nariño (calle 18 con Cr 23), antiguo habitante de calle. Todavía lleva las mechas largas.

Entra la mañana y los alrededores son ocupados pero el centro de la plaza, por lo general, permanece desierto, como un lugar de paso. Sin embargo, el centro de la plaza es dinámico en fechas o celebraciones especiales. Hace algunas semanas el “joven Harold” contaba chistes para conmemorar el día del trabajo, música para el día de la madre, para la ciclo-vía.

El día del niño el centro se congestiona de juegos infantiles; hasta las minifaldas hacen parte de la inocencia tomando el pelo a los payasos mientras hacen un contrato con un cliente.

En plena celebración del día del niño veo que esta plaza no ha perdido su inocencia porque nunca la ha tenido.

Hasta hora dicen que hay poco de fufurufas ahí, y dicen que es peligroso pasar por ahí. Dice mi abuela. Ellas (las putas, las fufurufas, las vagas, las prostitutas, las niñas, las que nos comprenden, las trabajadoras sexuales...) son un punto de referencia, son una presencia de significados simbólicos. Ellas, junto al rubor, el pintalabios y sus minifaldas permanecen aquí y, estoy casi seguro, de que si el señor ex-procurador Ordoñez las viera promulgaría una ley para amputarnos las piernas.

Cerca de la 10:30 a.m. La panorámica acústica muestra los estragos de las repeticiones. Mañana y tarde se redunda en las mismas actividades y en la noche la plaza impone su cotidianidad nocturna: los respectivos personajes adyacentes a las desconfianzas, la clandestinidad recatadamente percibida.

La plaza ha sido siempre receptáculo de vendedores ambulantes o comerciantes informales que, por lo general, se aglomeran en las aceras y en las esquinas. Algunos suelen frecuentar la acera de la Alcaldía del Centro, el parque Nariño o el parque Infantil. La gran mayoría destinados al paladar del cuerpo.

En este sábado, la gente parece que hace un simulacro de lo que va a ser domingo, de lo que pueda suceder en su atrincheramiento recreativo: los domingos la gente se encierra en la periferia.

12: 43 p.m. parece que la plaza hiciera la siesta. Por los casinos, varias personas se amontonan en el andén como mirando hacia el piso. El que no conoce lo que sucede se distrae por la muchedumbre y termina cediendo a la tentación de la curiosidad. El sonido informa de lo que ocurre: se agitan, una vez más, unas latas de aerosol que primero son pintura, luego son paisaje y después fetiche. Aquel hombre de las pinturas me remite a la imagen del culebreo o el curandero, solo que éste tiene las palabras en los colores. Y en tanto las latas componían su paisaje los indigentes reclamaban su sueldo a los transeúntes.

La tarde entra sin avisar. Ahora la lluvia quiere anunciar su llegada, pero las nubes están indecisas. Las aceras siguen con su carnaval cotidiano, la programación no se interrumpe. La zona se llena de “pintas” (personas, al parecer, peligrosas), desfilan de una bolsa de basura a otra, alardeando que su propuesta de vestuario y el rostro desgastado lo han trabajado con paciencia. ¡Qué composición de colores entre el costal, el vestuario y el agónico rostro! Así son por aquí las carrozas en la modalidad “individual a pie”. Los de tracción mecánica, por su puesto, se componen de carretas y se adornan con elementos reciclados. Los de tracción animal suelen ser parecidos a los primeros, pero con perros.

¡Qué carnaval tan bien desapercibido! Sin enero, sin talco, pero con “pintas”. Definitivamente, no hay jurados para esto. Plaza del Carnaval: de todo eso que cuentan resuena muy poco.

7.1.3 Domingo

5:00 a.m. Enésima madrugada. No hay mercado, no hay molino, no hay terminal, ya no está la mocha, en fin, no hay carnaval, pero queda otro: la vida cotidiana.

El fin de semana la zona se obsesiona con las mismas dinámicas de siempre. Más tarde, las reuniones de la bailo-terapia darán cuenta de que hoy es domingo.

Calle 18 con carrera 21 esquina. Si mal no estoy aquí, antes, quedaba el CAI de la policía. Allí mismo donde ahora tenemos la “Plaza de Ventas 20 de Julio” y donde el semáforo no deja de emitir su sonido y de albergar escotes. Desde aquí se mira que la cúpula de la iglesia de la panadería sobresale como una erección.

8:30 a.m. A diferencia de los otros lugares los establecimientos ya están abiertos. Reina el comercio informal, la venta de garaje: ropa, bolsos, minutos. Los casinos están abiertos, los vicios no detienen su actividad. Los vicios también entran en la cotidianidad, hacen parte del rumor, de la noche, de lo oscuro, del silencio, de otras resonancias.

La plaza crea nuevas necesidades diferentes a los objetivos gubernamentales. Aunque su infraestructura choca con el diario vivir, las interrelaciones con el espacio-tiempo conducen a descubrir nuevas funciones y obligaciones. Aquí es obligatorio andar prevenido.

Lentamente los pregones del comercio ambulante desenfundan la lucha social por ser escuchado o reconocido. Hoy no hay curanderos, pero la figura del pregonero comprueba que el tiempo libre entra en el mercado como un producto.* El fin de semana remueve todo en la ciudad: publicidad, eventos, juegos, trabajo, seguridad, planes, transporte, vida urbana. Los fines de semana son lapsos cortos de tiempo de un tiempo exógeno y laboral.

Todo se comercia. Las cuerdas vocales amplifican los productos ofrecidos, la voz humana es monopolio de la publicidad de la venta ambulante. No obstante, la mayoría de los oficios se repiten y se multiplican. Se han proliferado por todas las aceras. Pero de entre tan magno coro de voces, llama la atención uno que hace la diferencia por la indiferencia de la gente. A nadie le

* Todo se convierte en producto. Lefebvre ve que una nueva sociedad se ha instalado: la organización socioeconómica de nuestras zonas urbanas y del Estado-mercado de la sociedad. El producto prevalece a lo largo de todo el espacio y el tiempo social, dominado por los intercambios, se convierten en el tiempo y el espacio de los mercados, a pesar de no ser las cosas, pero incluyendo los ritmos, entran en los productos. (Lefebvre, 1992, pág. 10)

interesa comprar utensilios para reparar utensilios de la cocina. El “pega todo” hoy no remediará nada porque el dueño del negocio le habla a la nada.

La Plaza está repleta de significados. El fin de semana el sonido ambiente da cuenta de lo que acontece. Incluso cuando la mirada se desvanece, el pito del carro de la mazamorra que se aleja lo mantienen visible. Hoy es domingo, el centro de la plaza deja un puesto para la bailo-terapia que tiene terapia, para los carritos de motor para que los niños paseen. El centro se manifiesta vivo. Los árboles también se manifiestan. Cerca al Banco de la República un habitante del árbol se descuelga de las ramas y se recuesta en la banca largo rato. Luego, lo que pareciera ser su abuela le dice “*serví para algo*”...*levántate a hacer oficio lo que estás echado*. Y se dispuso a limpiar la banca.

Ya es medio día, el almuerzo destierra la multitud. El almuerzo, como cuestión del cuerpo, tiene la facultad de poner en meso piano (silencio) a la ciudad.

Y la tarde se va descansando, se hunde en la pereza. La bailo-terapia no dejó ni rastro, el árbol de los culebreros está vacío, está cerrado, hoy no abrió. Se fue a la periferia como todo Pasto.

El tiempo corre pero las horas parecen iguales, parece que todo se repite, los domingos el tedio exagera.

7.2 La República del Banco

7.2.1 Viernes

Temprano, mientras la mañana aclara un poco más, “el Cantinflas” prepara el escenario y los cigarrillos. Alrededor de las 6:30 a.m. el telón se abre lentamente (aunque, desde hace mucho), el Banco de la República semeja un parqueadero de personas. Las personas esperan la hilera de carros, de motores; eterno paradero de buses, como si el terminal se negara a desaparecer. El tráfico es el protagonista de la banda sonora que es el despertar del día.

Así mismo, a medida que avanza la mañana van apareciendo más personajes con utilería y, de este modo, la obra va definiendo su escenografía y luminotecnia.

Por enésima vez el sol aparece con sus puñales y, junto con él, las máquinas de helados, de conos, de chupones, de jugo de caña, se han regado por todas las plazas, los parques y andenes amplios como un maniquí con ritmos interminables y sempiternos. Personajes que se repiten con todo y sus actividades diarias pero que a toda fracción de tiempo le imprimen alguna diferencia. Repetición y diferencia hacen parte del ritmo al mismo tiempo, aún, en pleno descompás.

Nuestro andar, nuestra respiración, nuestro corazón, cada uno aprecia los ritmos refiriéndose a sí mismo y también teniendo presente el entorno: horas de trabajo, de ocio, de descanso. Sabemos que el ritmo es lento o animado sólo en relación con otros ritmos.* El cuerpo sensorial dirige las escenas cotidianas en relación al universo simbólico asimilado.

La obra se estrena todos los días todo el día. Cada lugar inaugura la suya. La mañana dispone más actores que afilan su personaje delante bambalinas. El rebusque, la informalidad, la borrachera, el erotismo, hasta el carro de las papa fritas de don Luis Enrique Revelo, todos repiten sus protagonistas quienes permanecen diferentes.

Personajes como una sola unidad, la repetición de la unidad da lugar a la secuencia, la secuencia instala la diferencia. Y precisamente son este tipo de diferencias las que producen las repeticiones.** El ruido del tráfico, por ejemplo, es permanente, pero muy pronto el almuerzo hará la diferencia en este estruendo callejero que se repite a diario. Los ritos colectivos no serán nunca los mismos pero los repetimos.

Las relaciones cotidianas se organizan alrededor de todos los tipos de intercambio (materiales

* Para una mayor comprensión de los ritmos, Lefebvre aboga por la situación del cuerpo (la medida, la escala) con ritmos aprendidos culturalmente, porque es en el cuerpo donde los ritmos se hacen palpables para diferenciarlos de otros. (Lefebvre, 1992, pág. 11, 12, 25)

** Es la complementación de la repetición y la diferencia (Lefebvre, 1992, pág. 28-29)

y no materiales), y el comercio y el intercambio no pueden reducirse a una dimensión económica o monetaria. (Lefebvre, 1992, pág. 56). El ser social crea y se construye a sí mismo desplazando la atención del consumo a la creación anónima (que no se capitaliza) y que nace de la práctica de la distorsión en el uso de las cosas, de los productos, el espacio y el tiempo. Cualquier suerte de interrelación da pie a diversas creaciones clandestinas, desconocidas e ignoradas que nacen, desaparecen o se renuevan.

1:24 P.M. Besos, gemidos, risas, conversas mientras la gente espera su ruta. Una mujer se arregla su ropa interior y hace sonar el resorte de la prenda contra su piel, como si un látigazo la preparara para ser feliz. Sube la temperatura. Los estudiantes esperan impacientes el momento de penetrar la vulva de un autobús. El calor es demasiado agresivo. Hace un momento creí que alguien había comprado un chupón, porque se escucha en el ambiente como si alguien chupara o lamiera algo, pero solo era una pareja que se besaba. El amor le imprime a la vida y a esta calle sonidos característicos propios, mientras que en las afueras del Banco Agrario las personas hablan y se quejan en fila india. Por lo menos, la queja de los verdaderos amantes se debería transmitir por televisión.

Los viernes, la ciudad destina algo de tiempo a las obligaciones sociales, algunos solo esperan ver llegar las aventuras de la noche para sorber un vaso de vino, o de cualquier otra cosa. La rumba, el erotismo, las diversiones se promocionan, la vida cotidiana de fin de semana se comercia. La continuidad del tiempo-espacio esconde rituales que ocultan nuestros ritos resumiéndonos a objetos. Somos una especie de entramado de similitudes y contradicciones.

Y ahora la lluvia quiere intervenir con su acto llorón. Descompasa y desafina el aceite hirviendo de las papas fritas de don Luis Enrique. El clima asienta su recital sonoro y la desolación inevitable.

6:00 p.m. la Plaza del Carnaval no permite escamparse, los casinos y el Banco, sí. El carro de las papas fritas persevera con su bombillo en plena tempestad. *Hora me toca irme a las ocho de la noche no más. En ese tiempo yo me estaba hasta las diez vendiendo... Yo aquí estoy 31 años. ¡Eso yo!, el otro señor cuánto estaría. Yo le compré a un señor esta caseta.*

Los recuerdos también mueven los ritmos internos colectivos. La memoria hace un intento por restaurar el espacio-tiempo presente a través de las presencias. La calle 18 es una presencia con presencias en este presente que se hace ausencia.

El comercio mantenía vivo esta zona hasta altas horas de la noche, *la cuadra permanecía llena de casetas, todo esto eran casetas, en los andenes y parte de la calle. En la Plazuela de la Merced había unas casetas que vendían libros de segunda. Las casetas las reubicaron en los centros comerciales, allá son ahora.* Parte de los comerciantes los trasladaron a La Plaza de Ventas 20 de Julio, en la Plaza del Carnaval, allí mismo donde yo creía que quedaba el CAI, y al Pasaje Comercial La Merced, ubicado en la carrera 22 con calle 18.

7.2.2 Sábado

La calle 18 duerme. Las gradas vacías del Banco de la República ofrecen una buena panorámica a menudo que se corre el telón por completo. Al igual que las bancas o los postes, las gradas del Banco son espacios prácticos, privados y concretos^{*36}. Las gradas ofrecen un panorama que superan su condición de espectáculo para transformar el espacio en universos simbólicos permanentes. *Aquí era la plaza de mercado, para allá era lleno de cantinas todo esto, en la plaza misma del carnaval era el terminal, en el centro comercial (20 de Julio) era la Transipiales, ahí quedaba... así era aquí esto oiga.* Por lo tanto, el mismo uso del espacio guía la

* En el capítulo “Visto desde la Ventana”, Lefebvre observa las múltiples funciones de los espacios, las cosas en relación con el tiempo y los cuerpos. La ventana le ofrece una mirada interior, una vista que son más que espectáculos; espacios prolongados mentalmente. (Lefebvre, 1992, pág. 25)

prolongación del espacio mismo. El espacio se prolonga porque es imaginario, es decir, social, o sea, cultural.

Por otro lado, previo a la apertura de bastidores de la venta de garaje (a eso de las 8 a.m.), los baños públicos ven pertinente clausurar su jornada. En los postes, en los árboles, en los andenes cuelgan letrinas imaginarias. Los actos de desaprobación social también se niegan a abandonar el lugar. Al momento de alzarse los pantalones, los usuarios del baño exhiben los genitales a las personas que salen a hacer ejercicio. Deportistas y transeúntes se trastean de acera, se cubren los ojos, llenan el rostro de reproches. Luego, dicho usuario, como sintiendo estar solo, sujeta sus pantalones, olvida soltar la cadena y se va. Más tarde, como es costumbre, otro transeúnte distraído andará por el mismo lugar por donde quedaban los baños sin percatarse de que sus pasos, junto al zapato, dejarán huellas visibles perfumadas de repulsión.

Así, un trozo del espacio en el tiempo del espacio cotidiano se distorsiona dependiendo de la autobiografía. El sentido que las personas le otorgan al espacio-tiempo no está, precisamente, en el campo o el objeto espacial, como tal, sino en el sello de la pertenencia cultural. (Le Breton, 2007, pág. 86). Las personas no miran, ni escuchan, ni huelen, ni actúan sino según su pertenencia social y cultural.

El rebusque, la inseguridad, los vicios: esta es mi república asentada en el banco, la república del banco.

10: 00 a.m. La cotidianidad de la calle produce ritmos y sonidos diferentes a cada momento. La corneta de la mazamorra, las canciones desesperantes del camión de la basura, la campanilla del “carro del gas” son resonancias que se traducen en los sonidos propios de las interrelaciones sociales, se vuelven internos, permanecen un largo momento a pesar de la fugacidad.

El ser humano podría reconocer cientos de sonidos en un solo instante, para ello se vale de

categorías mentales para distinguirlos.* La sociedad produce nuevos sonidos y el hombre está inmerso en el aprendizaje de nuevas distinciones.

El silbato del vigilante suena a media noche notificando su presencia. Su sonido es el código que distancia y hermana los silencios nocturnos. Pero este distanciamiento solo tiene lugar en la fugacidad del sonido del silbato. El silencio del que duerme y del que vigila entra en una alianza de sonidos con objetivos armónicos.

En el caos del día y el ocio de la noche se entretajan, al unísono, alianzas y conflictos de ruidos o sonidos. Las reproducciones mecánicas de las mismas actividades contienen la divergencia y la compatibilidad entre el tiempo, espacio y uso de energía. Es decir, la confabulación de conflictos y alianzas entre ritmos sociales**

La calle 18 acoge a cada momento cantidades de operaciones que hacen uso del espacio-tiempo y que modelan como resistencias o como inercias en relación con el desarrollo de la producción sociocultural.

Las oficinas, la venta ambulante, el comercio informal, el erotismo, la clandestinidad, cada órgano tiene su función y sus ritmos y sonidos característicos. Toda concurrencia de cuerpos en consecuencia es polirítmica y todo el desorden (arritmia) se mueve, al parecer, a través de un orden externo que lo produce.

* Por medio del aprendizaje (educación) el sonido se convierte en la propia materia del lenguaje, entonces, su zumbido y sobreabundancia asegura la inserción en el seno de la trama social. El oído es un sentido eminentemente social. ("La infancia como baño sonoro", Le Bretón, 2007, pág. 100-104).

** La noción de ritmo trae consigo algunas consideraciones complementarias: nociones implícitas, pero diferentes de polirritmia, euritmia, arritmia. Todas adheridas a confabulaciones y alianzas de ritmos, por ende, de sonidos: polirritmia, varios ritmos; euritmia, ritmos en armonía; arritmia, desorden; isoritmia, igualdad de ritmos. (Lefebvre, 1992, pág. 15, 21, 45)

7.3 A Merced de la patrona

En los sonidos, en los olores se plasma un fragmento del autorretrato de la cultura. Los ritmos fisiológicos son condicionados por el entorno social. Así, los malos olores, el ruido ponen en duda la existencia del espacio.

6:00 a.m. En la Plazuela de la Merced hay una fiesta de borrachos. Algunos duermen, otros hacen uso del baño, fuman no sé qué cosas, siguen bebiendo, bailan entre ellos, escupen y se limpian en sus ropas. La noche se prolonga para el borracho.

A medida que el día aclara van apareciendo, también, las personas que salen a hacer ejercicio. La palabra de Dios ordena abrir la reja (antes la iglesia no tenía reja), luego la puerta. Los ancianos que esperaban la apertura toman sus respectivas posiciones.

La mañana se levanta. La iglesia temprano que temprano abrió las ventas; en las gradas el comercio informal se confiesa. El periódico dice que la “comunidad del anillo*” realiza los ascensos cobrando en especie, el incienso esconde un momento a los miados, la lotería suelta tentaciones, los limosneros extienden la mano, los minutos dan autógrafos con la firma del mundo contemporáneo. Todas las ventas tiene su fragmento en el espacio, toda manifestación humana tiene su espacio en el espacio-tiempo.

Los ritmos en la Calle de la Merced no se clasifican como las cosas porque no son cosas, sino que surgen y se imponen en un contexto determinado: dificultades al caminar, la caída de la anciana de la chalina cuando se quedó dormida, el frío y la remoción de los huesos o el calor y el despojo de ropas, bostezos, eructos, palpitaciones, corazonadas, coros de iglesia.

Todos estos ritmos contribuyen a forjar la grafía ritual habitual del espacio-tiempo ya que contemplan: un inicio, un permanecer haciendo, un final y luego otro reinicio. Los rituales poseen

* Así bautizaron los medios de comunicación a una red de prostitución masculina que se gestó en las filas de la policía nacional.

su propia repetición y constancia aunque siempre sean diferentes en cada repetición y constancia.*

La venta ambulante encontró ocupada la Plazuela por una fiesta. Los borrachos siguen en su cuento, ahora se abrazan, pero antes del abrazo hubo un intento de pelea.

Los desenfrenos inmorales, sean cuales sean, muestran siempre su carácter ritual. La socialización es una mezcla de placeres y violencia. *Ser de los mismos*, es garantía de admisión e integración del cuerpo a las cuadrillas de un grupo de forma más o menos duradera.**⁴¹.

1: 31 p.m. La plazuela muestra a las señoras que cantan sus frutas, “Remates el Arracacho” y su música para atraer clientes, *todo barato, todo barato... siga, siga*. Los viernes y los sábados tenemos palmoteos y pregones que anuncian productos y llaman público. Sonidos de emisora para ambientar el comercio, venta de frutas y más minutos. Y a pesar de tantos minutos, las campanas de la iglesia poco llaman a misa. En estos tiempos la única campana con mayor desempeño funcional es la del “gas”.

3:10 p.m. La iglesia está cerrada. “Remates el Arracacho” hoy no hace bulla con su música de emisora a todo volumen. Frutas, cigarrillos y reiterados minutos, nada más. Hoy no llega la música de nada, solo el sonido de la ciudad.

Las palomas bajan de los tejados a picotear el piso. Todo este sector es de palomas, desde el Éxito del centro hasta la Alcaldía, todo palomas. Una de ellas se me acerca pudorosamente, otras dos le siguen, miran como pidiendo auxilio. Una otra da vueltas sobre sí misma, soy esa paloma en este domingo suicida.

* No hay ritmo sin repetición en el tiempo y en el espacio, sin que se repite, sin vueltas, en fin, sin medida (measure). Pero no hay repetición absoluta, idéntica de manera indefinida. De ahí la relación entre repetición y diferencia. Cuando se trate de ritos cotidianos, ceremonias, normas, leyes, siempre hay algo nuevo e imprevisto que se introduce en la repetición: la diferencia. (Lefebvre, 1992, pág. 9)

** El alcohol (los vicios, excesos, adicciones) siempre crea su ritual. La creación de situaciones es eminentemente colectiva. (M. Maffesoli, 1996, pág. 158).

Alguna gente me mira sentado escribiendo y ríen. ¡Y tienen razón!, yo también me burlaría se viera a la soledad (desgracia) con un diario. Es extraño escribir cuando se está a solas consigo mismo y más extraño, todavía, cuando se está solo en medio de tanta gente.

Uno se sienta a escribir en la Plazuela y la gente lo mira con recelo, algo parecido a cuando uno muestra los genitales (sin afeitar, para colmo) en los “baños” de aquí. El vigilante dice que me vaya, un policía dice que soy sospechoso. Hace días en el Banco desconfiaban y hace unas semanas se burlaban, ahora soy sospechoso. Entonces, caminar hasta la sombra es imprescindible en una tarde asoleada. La ley y el orden no están de acuerdo con la observación participante ni mucho menos con la recolección de información. La ley y la seguridad privada me privaron de papel y lápiz donde guardaba miados y bordones.

Mi destierro pareciera que colma de regocijo la calle. La gente celebra, silba, aplaude. Pero, más bien, se trataba de la pasarela de las nalgas de una aficionada a la selección Colombia que desataba toda clase de silbidos y piropos, como si unos pájaros en medio del bosque dieran gracias al nuevo día. La eurtmia de su cuerpo cambiaba el ambiente sonoro de la calle, paralizaba el tráfico. Un cuerpo ha venido a remover toda una cuadra ¡Esto hay que celebrarlo! Como lo hicieron aquí mismo hace años en honor a las Juanas, Gulembas y a la Patrona de Pasto.* Sería el primer “día de la mujer” celebrado en el mundo. En definitiva, la mujer es la obligación social más vital para la permanencia de la tranquilidad.

5:30 p.m. La tarde va dando paso a la noche. Un restaurante, un juego de parqués dominguero y un almacén atendido por adultos mayores es lo único que permanece abierto el domingo. Cuando se es viejo cualquier cosa es buena con tal de ignorar que nos acercamos a la muerte.

* En su heroica hazaña en la victoria de la guerra del Ejido. Soldaderas: mujeres uniformadas, también llamadas Juanas y Gulembas. Relata José María Espinoza en “Memorias de un Abanderado”. (A. Oviedo, J. A. Cabrera, “El día en que las mujeres pastusas derrotaron a Nariño”, 2014, pág. 28)

7.4 Doña Lucha y su beligerancia

5:00 a.m. En la madrugada, los frentes de las casas y de los establecimientos dejan ver sus tatuajes. El hombre en todas sus formas de escritura guarda sonidos, sobretodo en toda la gramática.*

Los grafitis también caminan; demostrable en sus huellas. Transforman la escena y la escenografía, pero nunca quedan adheridos por la imagen en un solo lugar. *Abajo el predial, 1ro de mayo el pueblo resiste, por el respeto a nuestros campesinos...*

La caligrafía inconforme aúlla sin gritar y firma los párpados de la ciudad. Para unos se trata de violencias pintadas con aerosol, para otros manifestaciones de inconformidad frente al orden imperante; grafías danzantes que acompañan a la calle 18 cuando ésta duerme, y fugitivas y fugaces apariciones. Un grafiti aparece hoy y mañana ya no está.

Frente al silencio, la visión paraliza la agitación presente. Se transfigura en múltiples texturas donde coinciden el orden y las contradicciones, las discrepancias entre las casas construidas ayer y los modelados o recetas que dividen los espacios.

En las Placas de la calle 18 se conjugan distintos pasados. Su presente se inventa, segundo tras segundo, se descarta lo existente establecido y se reta “lo que se venga” (el porvenir). Calle de la Merced, Calle del Liceo, Plaza Mayor, Casa Sarama, Casa Mariana, Calle del Achiral, todos estos nombres forman una frase que los pies redactan y no se enteran; carrera 22 (Calle Angosta), Plaza de Nariño (Parque de la Constitución) son palabras que transpiran trayectorias investidas de órdenes.**

* Armando Silva expone un impresionante trabajo acerca del grafiti urbano como “polémico” punto de vista de los ciudadanos, como una lectura simbólica. (A. Silva, 2000, pág. 41).

** En las “Míticas: lo que hace andar”, M. De Certeau ve en los nombres y símbolos un signo de la relación con las prácticas ciudadanas. Las relaciones de sentido del andar ubican movimientos contrarios pero en relación constante, uno de exterioridad y otro, interior. (M. De Certeau, 2007, pág. 116-118)

Los nombres se pierden a medida que desaparecen las placas. El nombre se aparta del lugar del que alguna vez hizo parte. Los pasos junto a las direcciones u orientaciones demuestran el deterioro de los nombres. Espacios del olvido susceptibles de ser ocupados. Insinúan otros viajes entre el orden y la historia.

Calle del liceo, *antes de los turcos, ahora de los paisas, calle del palatino*, sus nombres hacen habitable el lugar al vaciarse de su organización exógena y permitir otra cosa; recuerdan los fantasmas que todavía asustan por ser olvidados y pronuncian la historia.

Los nombres, sean números o palabras, vienen a ser autoridades, por ende, su existencia, permanencia y simbología es provisional. En las placas duerme un pasado, como en las acciones cotidianas de comer, acostarse, caminar, donde reposan antiguas prácticas.

El dedo puede señalar lo que ya no está* : *por aquí quedaba el Teatro Ariel, el Liceo de la Universidad de Nariño, los billares*. El lugar se define con lo presente y lo pasado en los desplazamientos de las identidades que se hacen movedizas.

El espacio se fragmenta en las historias, el pasado se lo pide prestado a la legibilidad, relatos amontonados a la espera de ser contados o desempolvados.

En la cuadra del Palatino antes quedaba el Teatro Ariel, ahí proyectaban películas mudas...Vino hace mucho la mexicana Toña la negra (teatro metropolitano, se cayó y mató varios estudiantes) (relata mi abuela); eso era de los turcos... sombreros vendían, ropa, telas. Era un sector solo de ropa fina porque los turcos solo vendían ropa fina; zapaterías también habían, (cuenta doña Teresita).

Otros nombres, irremediablemente, obedecen a otros rumores, entonces, otros sonidos también.

* Por otra parte, los relatos de los lugares son trabajos artesanales de nuestra historia. Lo que se muestra señala lo que ya no está. (M. De Certeau, 2007, pág. 120-121).

A eso de las 8 a.m. los almacenes de ropa ya están abiertos. Las mujeres que los atienden asean con agua y jabón su respectivo pedacito de andén y parte de la fachada.

En las cortinas de los almacenes un cartel viejo plantea un enigma al peatón transportándolo al pasado. Sonidos que traen otros lugares, recuerdos derivados de un hecho sonoro:

El antiguo Liceo creo que fue batallón, hospital, fue de las monjas... el Palatino era un billar, un billar café, creo... y ahí, decían, que iba mucho el Cachirí... andaba chumando pero también andaba vendiendo pañuelos y corbatas, o una vaina así. Él andaba en el café Palatino... Toda esa calle es “la calle de los turcos”, desde la 22 que es el Liceo hasta la 24... hasta hace poco esa era la calle de los Turcos. Recuerda Julio Eraso.

En la calle 18 con 23 y todo ese sector se daba todo un suceso bien importante que fue que en el año 87-88 cogen a Leo Tobar allí. Y ese suceso fue bien importante porque cogen a Leo Tobar y lo encarcelan porque estaba en una manifestación y estos locos siempre se subían al entejado de todo eso de lo que era el Liceo de la U.N y desentejaban el liceo. La única manera de actuar desde la protesta era desentejando toda esa parte. Toda esa esquina de la 18 con 23 la desentejaban, quedaba toda la universidad del centro sin tejas. Y hay una cosa bien bonita y era que después de una protesta, que entre el 87 u 88, creo que hasta el 89, después de un desenteje tan verraco como el que había, a los estudiantes del Liceo al otro día nos hacían hacer la “marcha de la teja”. Entonces, cada estudiante llevaba nuevamente una teja y volvía a entejar el liceo. Y lo más interesante era que en cada una de las protestas siempre se ganaba algo, siempre había como una reivindicación del pueblo. No eran protestas en vano, sino que uno miraba que realmente lo hacían por el alza del bus, por el alza del agua, de la luz. O sea que la universidad en ese tiempo tenía una beligerancia muy grande en el sentido de pelear por el derecho de la gente a vivir, digamos, bien, y no por cuestiones particulares... eso era interesante como en esa calle.

*Esa calle se constituye para nosotros bien importante porque en 1988, después de la muerte de José Alonso Rey, “el chepito rey”, que es tuquerreño, el Colectivo Teatral de Pasto hace una comparsa con 70 actores, más o menos, que se llamaba “La Comparsa de la Vida” en homenaje a este hombre de teatro, y en esa comparsa fue la primera vez que el Colectivo Teatral de Pasto gana el 6 de enero. Y de hecho por la 18 creo que pasaban todas las comparsas y las carrozas. El 6 de enero de 1988 el teatro se posiciona mejor, desde el 87 con Rumipamba que se posiciona en la plaza de Nariño en los 450 años de San Juan de Pasto en donde se generaron expectativas frente a un teatro, que yo le llamo siempre, experimental, un poco más moderno que hablaba sobre el drama del hombre en la sociedad. Era un teatro, que en últimas, venía a responder ese tiempo en el que se vivía: la protesta, la lucha social, la reivindicación de la gente... entonces el Moyano*⁴⁶ como viniendo de todo este tipo de cosas, realiza esta obra y en el 88 como que el colectivo plantea tener una vida propia con el montaje de esa comparsa a la vida.*

He escuchado en los relatos que, también es una cosa interesante, de esa calle 18 y también en la plaza de Nariño era que, Leo Tobar era una persona demasiado beligerante, por así decirlo, y él se subía en los zancos, y era el único capaz de subirse a los zancos solo, era un man que le ponía el pecho a las cosas, y de hecho lo ponía tanto que salía en los zancos con el torso desnudo y salía con sus panfletos diciendo “abajo el estado de sitio”, en ese tiempo que estaba en furor el estado de sitio, el “toque de queda”, como todo ese poco de cosas que estaban vulnerando todos los movimientos sociales en el país, toda la protesta que se estaba haciendo. Me parece que ese ícono de Leo y de la revolución como tal ha caracterizado esa calle 18. Ha sido el lugar o el corredor de batallas, digamos, de toda la lucha obrera y estudiantil, de esos tiempos que es lo que yo más recuerdo. Y de hecho como que queda ahí plasmado en la historia

* Juan Carlos Moyano, fundador, dramaturgo y director del grupo Teatro Tierra de Bogotá. A mediados de los años ochenta llega a Pasto e inspira con sus aportes, la figura del teatro pastuso.

o en los sucesos, queda plasmado que en esa misma 18 fue donde mataron a Adriana Benítez en la plaza de Nariño. Entonces, se convierte en una calle que porta unos sucesos bien importantes, sobre todo en las reivindicaciones que la gente ha venido pidiendo alrededor del tiempo.

7.5 ¿Y la fuente qué?

Un plano de la ciudad hecho en 1864 por el señor Higinio Muñoz muestra las diferentes calles de la ciudad de Pasto con sus respectivos nombres. La plaza principal, llamada actualmente de Nariño, la distingue como “Plaza de la Constitución”; y las carreas 24 y 25 las titula longitudinales Santander y Azuero, respectivamente; a las dos calles que también enmarcan el parque, las denomina así: a la 18, Transversal Bogotá y a la 19 Transversal Soto (Arroyo, 1985).

La calle 18 aloja en su historia momentos que marcan la vida de los pobladores. Algunas cosas quedan en la memoria otras se esfumaron como, por ejemplo, los nombres de los lugares que se han sustituido por números.

Pero el parque Nariño sigue siendo el lugar de citas, la sala de la casa, como el principal salón de eventos desde los inicios del pueblo. Reservado para todo tipo de celebraciones y conmemoraciones: día del niño, día de la madre, día de la mujer, onomástico, semana santa..., apto también para las movilizaciones sociales, las protestas, las cercenadas. Con las cercenadas, como ritual de escarnio público, se manifestaba públicamente la desaprobación de conductas inapropiadas por juicio de la comunidad. (Le Breton, 2007, pág. 116-118)* . Se procuraba de marchas tumultuosas y escandalosas para rechazar agresiones a la colectividad y llamar la atención del vecindario. El agresor sufría una temible publicidad. El ruido de la cencerrada anunciaba que el lazo social en alguna parte se había roto. La meta supone retomar el orden por medio del sonido (campanas, silbatos, sirenas, timbres), hoy tienen la forma de las

* El ejemplo de la cercenada es claro para demostrar que el sonido también tiene un empleo político.

manifestaciones, cacerolazos, las bocinas de los transportadores... el alboroto pactado es una respuesta a las contradicciones, al régimen existente.

Cualquier emanación sonora penetra en el acostumbrado orden. Hace unos días se conmemoraba el día del trabajo y luego se protestaba por la privatización del agua, el aumento de la tarifa del bus. Por su parte, las protestas de taxistas, moto-taxistas, camioneros (y maquinas similares) siempre exponen un concierto polifónico.

Anteriormente, las cosas que sucedían eran de conocimiento de la comunidad por vía oral. Todo se conocía por la voz. La figura del pregonero como un funcionario público ayudado por su voz y la fuerza del sonido de sus palabras proclamaba o anunciaba los actos públicos u oficiales, las convocatorias, los llamados, las concentraciones. Ahora los pregoneros se los mira asociados a los comerciantes promocionando productos, ayudado de las palmas de las manos para atraer la atención de los transeúntes.

Además, una rápida mirada al panorama muestra que estos lugares todavía miran hacia atrás.* La estatua de Antonio Nariño resuena mal adaptada. Esa presencia ha dejado varios presentes. *Todavía se conserva la casa por donde salió Nariño. Para entrar era todo empedrado, la dueña se llamaba Rosita Hoyos, una viejita de la acción católica. Asegura mi abuela. Así mismo, otros relatos cuentan que Nariño sale al balcón de la casona de las señoras Máxima y Elena Polo Delgado (ubicada en el costado noroccidental de la Plaza de Nariño) la gente río cuando una mujer lo miro y dijo “qué de feo”, y se oían voces de: ¡engaño! ¡Engaño! ¡Ese viejo no es Nariño!, ¡metan a ese viejo!***

* Tiempos sociales revelan posibilidades diversas, contradictorias: los retrasos y llegadas temprano, reapariciones (repeticiones) de un pasado, revoluciones que bruscamente introducen un nuevo contenido y, a veces cambian la forma de sociedad. Los tiempos históricos frenan o aceleran, avanzan o retroceden, miran hacia adelante o hacia atrás. (Lefebvre, 1992, Pág.14)

** Cuenta la tradición oral de principios del siglo XX que Nariño tenía el cabello blancuzco, lo que lo hacía ver algo entrado en años. Enrique Herrera Enríquez, Armando Oviedo Zambrano, Jesús Alberto Cabrera, “El día en que las mujeres pastusas derrotaron a Nariño. Pasto 10 de mayo de 1814. Una historia al borde de la leyenda”, Pág. 36.

La figura de Nariño, desde tiempos remotos, es y sigue siendo polémica en esta parte de Colombia. Aunque el departamento lleva su nombre la estatua y los meados se conservan a pesar de los trastornos. El poder político domina el espacio público. Las plazas, los parques, los monumentos tienen significados políticos. No obstante el hombre ha descubierto diversos artilugios para ser libre en la ciudad a pesar del Estado.

Por tanto, al recorrer el mismo parque o la plaza, o los andenes, las personas no viven el lugar de la misma manera. Está el parque de los vendedores, el de las palomas, el de los transeúntes, el de los encuentros o citas, el parque de los árboles, el parque (o la plaza) del día y el de la noche. El parque se fragmenta en el imaginario colectivo. Varios parques en un solo. No se tiene certeza del parque sino infinidad de percepciones sobre un espacio-tiempo.

Las percepciones, las sensibilidades conducen al debate social entre el “yo” y el “otro”, entre el “nosotros” y “ellos”, pero siempre y cuando todo esto se desarrolle dentro de una cultura compartida.

Se es consciente sobre el sentido de la distancia o el progresivo alejamiento del otro a partir de los sentidos, pues, no todos viven el lugar y la hora de la misma manera* .

En este sentido, cada periodo de tiempo, y dependiendo del espacio y las actividades, poseen sus sonidos propios. Los sonidos del pasado guardan su profundidad. La ausencia de animales recuerda el chasquido del látigo del caballo y su carreta pasando por las calles empedradas. Más adelante, con la multiplicación de las actividades laborales y de la técnica el ambiente sonoro se va modificado paulatinamente.

* Las cosas no existen en sí; siempre son investidas por una mirada, por un valor que las hace dignas de ser percibidas. La configuración y el límite de despliegue de los sentidos pertenecen al trazado de la simbólica social, de la pertenencia cultural (Le Breton, 2007, pág. 14). Levantado entre el cielo y la tierra, matriz de la identidad, el cuerpo es el filtro mediante el cual el hombre se apropia de la sustancia del mundo y la hace suya por intermedio de los sistemas simbólicos que comparte con los miembros de su comunidad. (Le Breton, 2007, pág. 12)

Al amanecer el parque Nariño notifica la llegada de los carros que van al aeropuerto, café y desayunos a domicilio, hombres que reclaman cualquier moneda, perros sacudiéndose la pereza y el frío.

Después de las ocho de la mañana, los lustrabotas arman su presentación, la simpleza del complejo bancario, también. Las bancas disco-tiendas promocionan música de éxito y superación, canciones para reflexionar. El parque Nariño tiene heladería, el señor de los chupones se resiste a las agresiones de la memoria. Aleteo de palomas aplauden la mañana, las aves se desploman ante la generosidad de la gente y ya se han acostumbrado a la gente.

En la noche, en la misma esquina donde funcionan los chupones y los helados ahora tenemos un asado, comidas rápidas, venta de hervidos. Todo para el paladar y el estómago. El comercio informal nocturno está dirigido al cuerpo. Comida, cigarrillos, baile, bebidas, drogas, minutos.

2:47 p.m. Hace un sol odioso, de los que es necesario huir. El sol traslada los cuerpos a las bancas con visera. No hay banca desocupada, y si la hay es porque está sucia de cagada de paloma, porque las palomas también aportan sus ritmos, hacen parte del parque desde antaño. Algunas bancas se desalojan, la gente corre en busca de sombras. Cuando llueve y hace un sol espantoso las bancas se desocupan. El sol trastea los cuerpos a las sombras. Los árboles del parque Nariño son sombras, son techos, son albergues. El clima no se decide, anuncia noticias falsas de que la lluvia se avecina. Esta indecisión juega con los cuerpos: los introduce y los expulsa de las sombras. El clima aporta sus tonos al ambiente sonoro debido a que trastea los cuerpos del reposo al movimiento hasta el amparo.

A propósito del clima, algunas fotografías antiguas muestran al parque con una fuente de agua en el centro, donde hoy se eriza la estatua del ¡viejo!

(El 15 de julio de 1587 se comisionó al capitán Diego de Benavides y al futuro teniente de justicia Rodrigo Pérez de Zúñiga “para que se procurase una fuente de agua en la plaza pública

para adorno de ella y alivio de los naturales”. Esta iniciativa tuvo tal beneficio que con los años se multiplicaron los chorros: fuente de “El Chorro Alto” situada en la calle 11, más abajo estaba “La Pila de Chaves” en la calle 14; y sobre la calle 16, “La Pila del Hospital”; todas estas colindantes con la carrera 25, que se llamó por mucho tiempo “La Calle Real”. (Arroyo, 1985)

Para Navarro, (cuando fue alcalde), Nariño fue un invasor y en su lugar debería estar la estatua de Agualongo, pero para mí deberían volver a colocar la fuente porque está haciendo un sol espantoso.

7.6 Los ojos del bordón

En la iglesia parroquial de San Juan Bautista se encuentra la partida de bautizo de Juan Agustín Agualongo (*héroe o traidor*): 28 de agosto de 1780 de tres días de nacido, hijo legítimo de Manuel Criollo y Gregoria Cisneros

En el acuerdo de paz con el M-19 Carlos Pizarro hace la entrega de su arma y Navarro entrega los restos de Agualongo. Encargaron los restos en una casa campesina y los dueños aseguran que desde ese entonces sus tierras se volvieron mucho más fértiles, que había mucha más producción, en Santo Domingo donde hicieron las negociaciones de paz.

Estos son algunos historiales concernientes a los sonidos del proceso de paz; el proceso de paz también deja sus ruidos. 7:30 a.m. La caseta de periódicos de doña Teresita tiene a la Habana en primera plana: “mesa de negociación en la Habana trabajará en sesión permanente” (El Tiempo 25-may-2016), “ETA pide a España y Francia un acuerdo de paz como el de Colombia” (El Tiempo 27-sep-2016) pero, ¿qué cosas pide ETA si Colombia es el único país amnésico al que le preguntan si quiere vivir en paz y dice que NO?

Los medios de comunicación a través de los avances tecnológicos han acortado las distancias y los tiempos. La caseta de Periódicos me lleva a la Habana, a los cacerolazos de Venezuela, a los

partidos de la selección Colombia; no recuerdo estar allí pero estuve. Los diarios o los medios de comunicación son una parodia del presente, un resumen de lo superficial*

Después de las 8:00 a.m. inicia la misa en la iglesia de San Juan. Mesías con su báculo tantea el piso batiéndolo de un lado a otro o de izquierda a derecha. Repercusiones del bastón en los muros y en el piso, pues, los sonidos también contribuyen a la orientación en el mundo como una especie de brújula en medio del mar**

Después de entrar a saludar a todos los santos el ciego, desde la entrada, se despide de todos, sale a la acera, se hace a un lado (su lado) de la puerta e inicia el canto. Abre el espectáculo con la respectiva bienvenida. El estigmatismo y la miopía me inquietan los oídos.

2:41 p.m. El ciego canta. Hoy domingo y la iglesia cerrada, pero el ciego canta ¿Para quién? En el momento esta calle está completamente fantasma. En todo caso el ciego canta

Un borracho se detiene a escucharlo - *¡Canta bien el Mesías!* – Me dice - *¡Mesías se llama, canta bien!* – Y se fue bebiendo otro sorbo de chapil. Un sorbo que se escuchó hasta lo más profundo de la vida, un sorbo eterno de borracho radical.

Así mismo, algo de mar se vislumbra en la calle con el ciego: su timón amarillo recibe las monedas del viaje sonoro, la palanca de madera que lleva en los ojos de las manos tienen la brújula, y cuando canta se trepan a él todas las miradas que pasan, al mismo tiempo que lucha contra las olas de la movilidad vial.

Con su espacio invisible para los demás, sus ojos llevan el tiempo desconocido para los hombres, la mirada más allá de lo visible. *Él siempre está ahí*, pero nadie ve las veces que no se ha ido. *Él no es de aquí, él es de un pueblito del Ecuador, de Potosí, sabe vivir en Ipiates, él*

* Los medios de comunicación y las tecnologías ponen al mundo al alcance de todos. Todos pueden presenciar todo porque las distancias se eliminan. (Lefebvre, 1992, pág. 24, ver, también “El día de los medios”, pág. 33-35)

** El ciego construye su sentido del espacio a través de la tactilidad y el oído. (Le Breton, 2007, pág. 170). Esa calidad del tacto o del oído en el ciego resulta puramente accidental: nace de la necesidad (pág. 171-172)

ahora no más llegó. Cuenta doña Teresita quien lleva mucho más tiempo en esta zona. No obstante, el ciego vale más que para toda la calle entera. Toda la “totalidad” es fragmentada. Así, Mesías se convierte en la sinécdoque del espacio-tiempo* Selecciona y fragmenta el espacio conocido e instaurado. El ciego hace imaginar toda la esquina. El cuerpo, siendo una pequeña “parte”, habla del “todo” que arma y han armado de manera anónima.

Tratar el espacio-tiempo y con el espacio-tiempo irremediablemente modifica su estado en singularidades amplificadas en relación con las prácticas. El espacio-tiempo es tratado y modificado en relación a las prácticas cotidianas. De este modo, el ciego se convierte en una singularidad sonora amplificada. Este coro espacial sustituye un recorrido completo, crea un adelgazamiento imaginario del panorama presente (observado).

La esquina así relatada es, con mérito, un trabajo artesanal (con elementos que el mismo andén gestiona y no se da cuenta) gestado en medio de contradicciones.

El ciego lleva los ojos en su bordón: un trozo de madera que deja de ser objeto porque ha multiplicado sus cargos. El bastón ahora es la prolongación de las extremidades del cuerpo, del sentido de la vista, es la garantía de protección ante todo tipo de peligro: humano, material, natural. Un bastón es la manifestación de que se puede continuar el camino trasteando los ojos al oído a través del tacto.

Cada sector (espacio-tiempo) tiene un personaje que ocupa una esquina y que el imaginario colectivo concibe como suyo. Las minifaldas en la Plaza del Carnaval, Don Luis y don Serbio en el Banco de la República, los ancianos en la Merced, los Turcos en el Palatino, la estatua de Nariño, el ciego de la iglesia de San Juan, los vendedores de música-películas del Éxito del

* La sinécdoque nombra una parte en lugar del todo que integra, reemplaza las totalidades con fragmentos (M. De Certeau, 2007, pág. 113-114).

Centro, los tríos de la 27 con 18, las gradas de la Cámara de comercio, el Parque infantil y los carros de comidas rápidas.

Así, cada personaje sirve como punto de referencia. Es más fácil ubicarse con relación a ellos que con el número de dirección residencial o domicilio. Un personaje hace imaginar toda la cuadra, lleva a rememorar otros espacios del mismo espacio.

7.7 El Éxito de la subsistencia

8:00 a.m. Éxito del Centro. No hay música, no hay películas, no hay gafas. Pero hay dos policías espantando el trabajo informal y la venta ambulante. Un silbido es suficiente para prevenir a los compañeros del decomiso de mercancía. Un sonido salido de la boca es la garantía para salvar la inversión económica y cualquier manchón en la hoja de vida.

Mañana, tarde y noche y de lunes a domingo la venta de música-películas se toma la encrucijada, calle 18 con 26. Así mismo, en días de fechas especiales el consumo obstruye toda la cuadra. Las calles se llenan de obsequios para: el día del niño, día del padre, semana santa, día del trabajo, día de los muertos. La mujer, sin intención alguna, tiene el poder de decapitar las rosas. En el día de la madre, de la mujer, de la secretaria, del amor y la amistad las rosas son llevadas a la guillotina.

Junto al tráfico el Éxito del Centro (antiguo almacén Ley) se identifica por sus melopeas, que son donde se proyectan las nuevas manifestaciones del trabajo y espacio-tiempo del trabajo. Carecer de trabajo modifica el entorno social y acústico. Surgen, entonces, actividades laborales realizadas sin la protección del Estado, directamente ligadas a la ilegalidad y la clandestinidad, puesto que son trabajos que no hacen parte de los registros administrativos correspondientes* .

* En este punto es necesario destacar el trabajo de Victoria Andrea Trindade, “Trabajo Informal. La venta ambulante de CDs y DVDs” donde destaca diversas y nuevas formas de actividades de subsistencia. (XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de sociología. VIII jornadas de sociología de la Universidad de buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires 2009)

De este modo, el espacio público, que es a la vez resultado de las relaciones políticas y económicas, muestra su reflejo en el paisaje sonoro urbano con contenidos de actividades de subsistencia de sectores vulnerables.

La venta informal o ambulante se la detecta fácilmente por la particularidad de apropiarse del espacio y sus artimañas para evadir los controles del Estado. Por consiguiente, las modificaciones del mercado de trabajo dejan ver lo heterogéneo de la población tanto de consumidores como productores en una economía subterránea, es decir, en una estrategia clandestina de reproducción del capital.

El uso del espacio público, para el desarrollo de las actividades laborales informales y ambulantes, asume rasgos distintivos. Por lo general, la promoción, divulgación y publicidad del negocio es por vía oral o sonora, más no visual. No es lo mismo el comercio informal o la venta ambulante en el Parque Infantil que en la calle del Liceo o la calle del Achiral, cada sector de la 18 tiene sus códigos, su delimitación territorial y su orden. Pero a todos estos vendedores, de una u otra forma, se les niega la ciudad planificada para construir otra imaginada. El territorio no se divide pero hay un puesto asignado que se debe respetar.

Venden en distintos sectores de la calle del Éxito, en las cuatro esquinas que forman el cruce de la 18 con 26, siempre moviéndose y confirmando que no vengan los “tombos” o los agentes del “espacio público”. Así mismo, el sonido es información puede dar cuenta de un pequeño fragmento de la vida cotidiana y de tiempos pasados.

7.8 Las palabras de la epidermis

El domingo al amanecer las fachadas de las casas divulgan que su epidermis y las calles pertenecen mayoritariamente al comercio y que, por lo general, son paso obligatorio de las protestas y de las manifestaciones sociales, que tienen lugar en el día*

La calle 18 se hace por sus expresiones y la construcción de símbolos urbanos. El comercio pareciera que intentara acaparar todos los ritmos urbanos en las imágenes, al tiempo que distribuyen una espacialidad real y simulada. Un espacio de ficción se crea entonces, y se vuelve permanente: los avisos publicitarios, los grafitis, placas, los carteles, las gigantografías y tantos otros trazos.

“Abajo la tarifa del bus”; “congreso de los pueblos”, “Alkosto lo dice todo”, “Calle de la Compuerta”, “Gran concierto de...”

En la noche adulta y en la madrugada “la 18” tiene una musicalidad en sus paredes. Los grafitis y la publicidad gritan en las grafías y ritmos visuales y sonoros. Cualquier anuncio o manifestación para que sea visto o escuchado debe tener un tamaño extraordinario. Por tal motivo, la espacialidad de la imagen (sea grafiti, anuncio, mural) es estratégica, entre más grande y menos grumosa sea la fachada, y donde la concurrencia de la multitud sea ardua, la imagen tendrá sus proporciones magnas. Vitrinas colosales dan pie a cortinas de acero colosales y, éstas, a una hoja en blanco dispuesta a ser rayada.

“la banda tricolor”, “25 de mayo voto en blanco”, “se reciben hojas de vida con experiencia en ventas y buena actitud”, “por la lucha popular Udenar resiste”, “alcalde ladrón”, “Casa Andina”, “éxito”.

* Como se anotó anteriormente, es prudente revisar la ciudad imaginada de A. Silva, quien nos muestra una ciudad con “tatuajes urbanos como registro visual; del grafiti al ícono publicitario”, además del “Punto de vista ciudadano” y los “Emblemas y jeroglíficos urbanos”. (A. Silva, 2000, pág. 31-43)

El grafiti se contrapone a la publicidad, sus imágenes buscan un efecto social desde un andamiaje ideológico o desde la transgresión al orden establecido. La publicidad en cambio obedece al orden político, al mercado, busca el consumo de lo ofrecido. Pero con todo, la publicidad y el grafiti se reconocen en lo visual. Tiene sus propios destinatarios. (Silva, 2000, pág. 35).

Lo interesante de estos tatuajes es la relación de la mirada con la imagen y lo que muestra. El grafiti importa como comportamiento de imagen prohibida, lo obsceno como chocante y como provocación pública, como exhibición para todos los ciudadanos, lo que lo convierte en una acción colectiva. (Silva, 2000, pág. 35)

Las palabras del grafiti es como si pronunciaran lo que nos hace falta, muestra la carencia misma. La publicidad miente, interesa más las cosas, que los hombres. Todo el imaginario se dirige al consumo. Las iconografías dominan los elementos visuales. La cosa exhibida se torna objeto de contemplación. El paisaje se vuelve vista.

Los grafitis al mismo tiempo que se muestran definen la ciudad, la ciudad es vista por sus ciudadanos, conjuntamente, el ciudadano es un escrito de la ciudad.

“corrupción=muerte”, “que la educación no pague la crisis”, “por la lucha Udenar presente” (calle 18 con 27), “fuera imperio”, “por la lucha popular desobediencia civil”, “abajo el predial viva el paro cívico”, “1ro de mayo el pueblo resiste”, “defiende la tierra” (calle 18 con 25), “Udenar resiste”, “por el respeto a nuestros campesinos abajo el...”, “comunicación alternativa y popular”, “por la paz con justicia social, cambio al modelo económico ya!!!” (Calle 18 con 23), “congreso de los pueblos”, “no a la ley 30” (imágenes en calle 18 con - plaza del carnaval)

El grafiti como manifestación de inconformidad reclama la alteración del orden (político, cultural, moral, estético), su escritura camina hacia lo prohibido, lo censurado, lo que no se puede decir. Obliga a encontrar otras formas de respuesta ciudadana, convirtiéndose en un movimiento

social estético, plástico, en construcción de imágenes urbanas que definen la ciudad desde el anonimato, desde lugares conflictuantes, reconociendo a los universitarios como protagonistas.

(A. Silva, 2000, pág. 33)

7.9 Las orejas en el vidrio

Cada sector de “la 18” edifica los contenidos simbólicos de sus vitrinas (ropa y zapatos en la calle de los turcos y calle del Achiral, librerías y anteojos en el Shirakaba, almacenes de ropa deportiva en la calle del Achiral y Cámara de Comercio). En cada sector se abre varios tipos, varios escenarios sociales y estéticos, según sus practicantes, según las condiciones económicas. Recorrer la calle empuja al encuentro con varios secretos divulgados en las paredes de cristal de relativa grandeza e inmensos estantes. De la Alcaldía hasta el Parque infantil la vía semeja, aunque por fragmentos, un callejón de vidrio.*

La calle de los Turcos parece todo un almacén con varias vitrinas adornadas de música de emisora por donde pasean los clientes. Las ventanas del Shirakaba con su disposición plástica cumplen ante todo una función visual y una mayor amabilidad en el ambiente sonoro interno.

La vitrina se transforma de acuerdo a lo que los observadores quieran ver, de acuerdo a la moda. Los maniqués, eternamente dinámicos y juveniles, se disfrazan de personas de carne y hueso; están de pie, sentados, acostados, se cambian de ropa; son expresiones intensas bañadas de corporeidad. (A. Silva, 2000, pág. 70)

La ventana entra en un juego de mostrar, dejar ver y ser visto. Detrás de ella también operan intereses, personas que trabajan la mirada del observador a modo de trampa donde el transeúnte cede a la tentación.

* Nuevamente se destaca el excelente aporte de A. Silva en el tema de el “Punto de Vista ciudadano” y las “Miradas Ciudadanas” dando lugar al estudio de las imágenes de la ciudad interesadas en las vitrinas y sus contenidos, los maniqués, los que ven, los que muestran. (A. Silva, 2000, pág. 63-72)

De esta manera, la vitrina corresponde a un paisaje local construido intencionalmente, puesto que, el teatrino de cristal muestra que ha tenido que imaginar cómo los posibles observadores pueden ser provocados. (A. Silva, 2000, pág. 43). En consecuencia, la vitrina a través de la ventana llega a la calle, llega a los usuarios, se hace colectiva identificable en la música y los pregones para atraer clientes.

Al siguiente día, el objeto consumido vuelve a aparecer inmaculado y la vitrina vuelve a armarse, el objeto se reemplaza pero la ventana siempre queda. En otras palabras, el panorama es provisional, porque es visual, que tiene como condición de posibilidad actualizar la mirada a través de las ventanas.

En fechas especiales las vitrinas y los maniqués cuentan historias en medio del amontonamiento y mezcla de información verbal con imágenes. “Camisa dama \$20000”, para aclarar la promoción, el género del destinatario y asegurar o confirmar que lo que promociona es una camisa. En Halloween, en época de navidad se ve pertinente su necesaria dramatización, su complicidad con el usuario y la evolución frenética de los objetos que muestra y su forma de hacerlo al ritmo del comercio mercantil.

Las vitrinas rompen con la lógica de la exhibición al entremezclar el objeto promocionado con información distinta al producto que venden, en un almacén de zapatos de la calle del Achiral un aviso distraído dice “se arrienda una casa...”. Así, la vitrina cumple con el favor de dar la información desde un lugar reconocido por donde andan datos de interés común.

Por otro lado, las vitrinas, según el sector y la hora, son pantallas empachadas y de larga permanencia. Entre más grande la ventana más estricta y mayor es la inversión en la vigilancia y protección.

La ciudad es una gran vitrina (Silva, 2000, pág. 25), la ciudad se define por sus vitrinas que muestran la distancia y los anhelos de los ciudadanos, muestran su forma y manera de consumir (hay más vitrinas para los exteriores del cuerpo, que librerías).

La calle 18 a través de las vitrinas, sus ritmos y sus sonidos muestran numerosas variaciones de ver el mundo y representarlo. El teatro de la vitrina lleva una banda sonora extraña, una luminotecnica responsable, un libreto amable y un grafiti en alguno de sus lados.

7.10 El otro lado de la ventana

Las ventanas se expanden para construir un espacio para que los demás miren, pero también miramos a través de ella. (Lefebvre, 1992, pág. 25). Desde adentro la ventana es otra ventana, presta sus ojos para ver la calle (Silva, 2000, pág. 25), (además, es otro caparazón acústico). La vitrina sienta otros espacios al interior de sí misma, el escenógrafo encargado de la utilería porta ahora el rol de sujeto social. El otro lado de la ventana planea cómo los mirones pueden captar la ventana, al tiempo que son captados por ella. Estar adentro es situarse simultáneamente dentro y fuera. A pesar de que el ambiente interno conserva su propio cuerpo sonoro (música generalmente), las imágenes sordas que llegan desde afuera extienden lo que podría estar sonando en la calle.

Al renovar la ventana se renueva las actitudes en la calle. La familiaridad del que exhibe y el que mira se conserva, se esfuma y luego renace en la cotidianidad del interior dentro del mundo exterior. (Silva, 2000, pág. 64-65),

De igual manera, en la noche las ventanas de los hoteles, por ejemplo, nos recuerdan que continúa su actividad. Una que otra se enciende, otra se apaga. El otro lado de la ventana muestra en su pantalla una sombra mal sintonizada cortesía de los pliegues de la cortina. En el día las cortinas colgaban con un nudo en la garganta para dar cabida al ojo sobre la calle. Pero a estas horas no hay nadie en la ventana eso quiere decir que el sonido de afuera es olvidado.

Las fachadas atravesadas por las ventanas de balcones que nunca se abrieron durante esta estancia (el tiempo de la investigación) son como persianas que ocultan lo que muestran, muestran una sombra pero al mismo tiempo la ocultan, como las cortinas de los medios. (Lefebvre, 1992, pág. 25)

7.11 Maniqués

La humanización de la vitrina a través del maniquí. Al principio solo eran armazones para mostrar los vestidos, lo importante era precisamente eso: mostrar el producto ofrecido. En el mismo armazón se exhibía ropa de hombre y de mujer. Hoy tratamos con hombres y mujeres, niños y niñas, se colocan peluca, gafas para que el pantallazo sea más creíble. Son actores, imaginan estar en la playa en vestido de baño, se ven en navidad haciendo de Papá Noel. Todo lo muestra de manera imprudente buscando provocar hacer y ser como ellos.

La humanización de la vitrina muestra a una ciudad dramatizada donde la banda sonora está regida por las condiciones del comercio, las actividades laborales y los sistemas de transporte urbano. (Silva, 2000, pág. 70-72)

7.12 Evasiones en A.M y en F.M

La Calle 18 tiene la escena de telones de cristal. Los ventanales reemplazan al concreto y al adobe. Es un sector vestido de paredes transparentes que irreparablemente se dirige exclusivamente a la vista. Ventanas gigantes para todos los productos, ampliación de la imagen para detener los pasos. La mirada se distrae, no ante la fachada del establecimiento, sino ante la visión, ante la imagen que viene a ser un simulacro, una parodia de la realidad.

Productos que simulan la vida, rosas para el día del madre o el día de la mujer, maniqués con cuerpos voluptuosos, promociones para aliviar el bolsillo, venta de minutos, el Banco de Occidente dice apague su celular (calle 18 con 23); las ventanas no tienen minutos ni datos pero

llaman clientes; las señoras pasan y piden a sus maridos la ropa que lleva puesto el maniquí. El maniquí es la declaración del cuerpo que se metamorfosea en imagen, en cosa y en producto.

Pero las imágenes no vienen solas, los sonidos también ofrecen opciones a los practicantes: se podría dejar la radio encendida y seguir con el negocio, al mismo tiempo que se entabla una conversación con los compañeros de trabajo o con los clientes.

La música de los establecimientos se reproduce disociada del tiempo y, a su vez, invierte ritmos en la transformación del espacio. En las zonas comerciales es inevitable la aparición de la guerra de ruidos por llamar la atención de los clientes y ser escuchado.

La radio sigue encendida mientras los establecimientos siguen en lo suyo, el sonido contribuye a producir la vida cotidiana. La información se vuelve mercancía. La radio sintoniza los cuerpos para entrar al trabajo, le rectifica a cada momento la hora, le informa de la llegada del fin semana, de sus patrocinadores y anunciantes.

Los medios lanzan discursos a las masas que nunca ve; se extingue el diálogo, lo superficial se convierte en producto y mercancía. La radio como “ambientador” es una comunicación sin diálogo. La información está al alcance de todos en todo momento pero ha destruido el diálogo. (Lefebvre, 1992, pág. 35). Somos testigos de la estandarización de la escucha: las emisoras de los establecimientos reproducen música y sonidos que los clientes no escogen, la moda se impone. Sayco y Acinpro no permite la libre escucha. Es el dominio del individuo y del mundo por medio del oído.

En ocasiones se suele dejar la radio encendida para que digan que hay alguien. El sonido es una presencia tranquilizadora, sonido humanizado que, como tal, cumple una función social, es una objeción al silencio angustiante del cual se tienen muy pocas referencia (internas) por no vivirlo. (Le Breton, 2007, pág. 114).

7.13 Las cosas, los objetos

Un objeto en interrelación con el hombre multiplica las posibilidades de sus funciones; realiza más cosas siendo la misma cosa y sobrepasa los límites del objeto como tal. En consecuencia, todo contacto con los objetos del exterior e interior de calle desatará resonancias sonoras que no son permanentes por el simple hecho de derivar de los rituales urbanos. Cada segmento del espacio, y dependiendo del tiempo, en relación con las cosas y los objetos entonan sonidos diferentes y, a su vez, cada objeto (que no son cosas) tiene su lugar en el lugar, por tanto, cada uno tiene su tiempo. (Lefebvre, 1992, pág. 24)

Un bastón, entonces, omitiendo a los ciegos y los lesionados, es también monopolio de la tercera edad. En la Plazuela de la Merced y en las gradas de la entrada de la iglesia proliferan personas de la tercera edad que ya perdieron su edad. Ya su voz se presenta gastada, opaca, con tonos grises. Hablan a partir de gestos porque el semáforo y el alboroto de sus funciones hacen callar los clamores ajenos. Los ancianos se apoyan en su bastón y se enganchan a los muros. Su mímica consiste en extender la mano a todos los transeúntes. Esta mueca trágica que se ha aprendido en un contexto histórico concreto se impone en el imaginario social (colectivo) y conduce al “otro” a reflexionar o a esculparse en el bolsillo.

En estas circunstancias, un bastón en manos de un anciano de la calle hace la presencia de la ausencia de su soporte, entendido como el desgaste corporal y el abandono social en relación recíproca. El cuerpo en relación con los objetos se transforma y se expande según las necesidades. (M. Maffesoli, 1996, pág. 156-164).

También, en las afueras del “Restaurante la Merced”, donde se estacionan los vehículos de los clientes, se ondean bastones y franelas rojas que confirman, una vez más, la inseguridad de la seguridad pública. El bastón y la franela roja son símbolos de la vigilancia privada artesanal y de

la ineficacia estatal. Donde hay un restaurante hay una persona velando en la puerta con un vaso desechable y otro con un palo cuidando propiedades privadas.

Pero, después de la puesta de sol, la gente produce ruidos totalmente diferentes. Las señales del semáforo suelen funcionar en el vacío. La noche modifica los pulsos ciudadanos dando paso a otros ritmos y otros sonidos: las bancas son camas, los postes basureros, los árboles son baños.

Recuerdo que una noche se estacionó un carro cerca de la Plazuela de la merced, un hombre descendió con prisa del vehículo, se acercó a uno de los árboles, miró para todos lados, desabrocha el pantalón y hace uso del sanitario. Mientras hace sus necesidades intenta pasar desapercibido ocultando, de alguna manera, sus partes íntimas. Pero para qué esconde el miembro si la cochinada la hace en público. (Realizar este tipo de hazaña y que nadie diga nada, eso es un arte de hacer).

Desde esta perspectiva, los árboles no son árboles, son sombras; las sombras son refugios, y dependiendo del espacio-tiempo y el clima, esos refugios albergan una clase de personajes en particular. En la plaza del carnaval encontramos trabajadoras sexuales, indigentes, habitantes de calle, borrachos; en el parque Nariño a las 6:00 a.m., los taxis que van para el aeropuerto, indigentes, desayunos, ancianos, enamorados, desocupados.

Además, de un lugar a otro los prejuicios sonoros no serán los mismos, puesto que las diferencias sociales y culturales difieren.

Sin contar el domingo, el fin de semana en la noche, generalmente, las conductas acústicas bulliciosas acompañan la calle (Parque Infantil, Cámara de Comercio); las prácticas de los jóvenes y vendedores ambulantes se amplifican en el ambiente junto al tráfico que se une.

Las gradas de la entrada de la Cámara de Comercio y los lugares aledaños del Parque Infantil se convierten en una paradoja. El viernes y sábado en la noche estos lugares se vuelven bares,

espacios para las obligaciones sociales e introducción a dicha paradoja de estar dentro de la rumba pero afuera en la calle.

En horas de la tarde, las gradas de la Cámara de Comercio no permiten la compañía, el vigilante expulsa cualquier cuerpo que quiera descansar. Por su parte, en el Parque Infantil no hay carros de comidas rápidas, ni tribus urbanas conglomeradas en las esquinas y andenes.

Es en la noche donde esta clase de espectáculos es posible. Los viernes y los sábados la noche ofrece otra clase de espectáculo, la calle, aparentemente, se silencia en la Alcaldía y en la zona de la Plaza del Carnaval, en cambio, en el Parque Infantil los ruidos se prohíben porque los vecinos se quejan.

En la Cámara de Comercio, la arquitectura le dona protagonismo a las gradas al consentir el despegue entre los espacios. Son para las tribus urbanas la estancia obligatoria. Su monumentalidad descubre los cuerpos aún desconocidos. Las gradas como las ventanas separan por instantes del dominio de las calles (andenes). El cuerpo es desatado de las direcciones de la calle y su ley anónima, del tránsito peatonal que lo golpea y lo lleva a cambiar el rumbo*. La elevación de las gradas convierte a quienes la utilizan en observadores. La observación pone cierta distancia cuando la mirada hace legible lo que se tiene delante, entonces la calle se deja leer.

Cualquier espacio-tiempo puede organizar un conjunto de posibilidades y de prohibiciones. El transeúnte algunas las conoce, otras las aprende, luego las desplaza y las vuelve a inventar abandonando el espacio planificado y legible. Una ciudad metafórica se insinúa así en la superficie de la ciudad planificada gracias a los practicantes de la calle que reintroducen en todas partes las opacidades de la historia. (Maffesoli, 1996, pág. 106)

* Los andares de ciudad tienen en cuenta la contemplación como ejercicio de lectura de la urbe. M. De Certeau enfatiza en estar dentro y fuera, es decir, en los mirones y caminantes, la vista y los pasos (M. Maffesoli, 1996, pág. 103-105)

Por la noche, en el Parque infantil, en las gradas y en la esquina de la Cámara de Comercio, algunos jóvenes, sobre todo tribus urbanas, se saludan o se llaman entre sí con un sonido: un silbido que identifica al grupo. “Pichichu” es el saludo de ahora. Y no solo es un simple sonido para un saludo, sino también báculos simbólicos para actuar sobre el mundo. (Le Breton, 2007, pág. 128) *

Los jóvenes se comunican con señas, con gestos, con sonidos, en definitiva, con símbolos que provienen del cuerpo. Cada parte, cada órgano tiene su ritmo.

La respiración se escucha en las emociones que la modifican, el corazón está oculto pero sus ritmos lo delatan. Y a pesar de provenir del cuerpo humano (estos gestos, señas, sonidos) son creados en relación a las necesidades que se desprenden de las interrelaciones sociales que emergen dependiendo, claro está, del espacio tiempo. Por tanto, encontramos varios sonidos para alagar a una mujer, para informar de algún peligro, para cantar productos, así como también existen varias formas de vestir que evidencian varias formas de escuchar: el metalero no se viste igual que el rapero o el punkero o el que se dedica a los boleros. Pero estos gestos, señas, sonidos no surgen de la nada tienen sus antecedentes históricos y son aprendidos. Estos espacios también escriben las composiciones sonoras territoriales a partir de la “jerga”: “sisas” para decir sí, “pailas” cuando algo no va bien, “vuelta” para referirse a una actividad pendiente, “tener lata” o “filo” es tener arma blanca. Códigos secretos de organización donde las percepciones decodifican el entorno transformándolo en situaciones familiares, análogas; el espacio-tiempo se vuelve comunicable para el grupo**.

Igualmente, mientras unos duermen, afuera los jóvenes atienden a sus obligaciones sociales empoderados de su propio universo acústico. Los “mechudos” vestidos de negro llevan canciones

* El efecto psíquico de los sonidos es la consecuencia de su eficacia simbólica, no de un efecto acústico.

** El ruido en su oposición al silencio, a menudo tiene una función benéfica, en las fiestas, acerca al grupo. (Le Breton, 2007, pág. 115)

de “metal”, los raperos improvisan en medio de percusiones que salen de la boca, otros simplemente ambientan el momento con música *cross over* (de todo un poco). De este modo, la música permite el encuentro y el roce de percepciones, compartir el mismo universo sonoro es encontrar el anclaje del “yo” y el “otro”, de sí mismo con los demás.

“La 18” presenta distintas maneras acústicas que caracterizan a grupos y espacios en relación con el tiempo. Cada lugar puede ser otro dependiendo del tiempo. Cada cual participa del ruido a su manera para hacer valer su presencia. (Le Breton, 2007, pág. 18). Así, ciertos sonidos al servicio del grupo demuestran la eficacia simbólica (del uso del sonido) que se interioriza en el cuerpo como comportamientos aprendidos. La música (así como el ruido, el sonido) no tiene incidencia alguna si se la escucha fuera de las circunstancias vinculadas con la ceremonia; solo actúa si se reúnen las condiciones propicias enumeradas por la cultura. (Le Breton, 2007, pág. 128)

Más sin embargo, la subjetividad del sonido, a menudo produce notorias contradicciones entre los miembros de una misma comunidad. Las disparidades de resonancias consiguen el uso de las prevenciones y transforman la atmósfera del lugar. (Le Breton, 2007, pág. 128)

Una canción liberada más allá de sus límites se convierte en ruido. El ruido se introduce en espacios ajenos generando la sensación de violación de la tranquilidad. No obstante, los sonidos que producimos por nuestra cuenta no son percibidos como molestos, es el otro el que hace ruido.

Persiste el desacuerdo en las modalidades de concebir el sonido ambiente. Las medidas y las restricciones, que comúnmente son a base de violencia, suelen conducir a malos entendidos, discrepancias, se hacen demasiado notorias las incompatibilidades sociales, culturales e individuales que causan la reglamentación del ruido. La subjetividad sonora da paso al debate. (Le Breton, 2007, pág. 110)

Pero todos estos ritos tienen un límite de tiempo a pesar de su constancia. La temporalidad del inicio y del final de los rituales sociales es el mismo para los sonidos que engendran. Resonancias instauradas en el acto de compartir códigos y símbolos colectivos.

En la fiesta el ambiente sonoro abona las relaciones de amistad o cercanía, aunque para otros estos sonidos entren en sus espacios con violencia. Cuando la ventana está cerrada, un estruendo en la calle puede modificar radicalmente el sentido de lo ocurrido. Una botella quebrada transporta el sonido a través del vidrio que es visible.

Con todo, la rumba del fin de semana es el resultado de las actividades laborales diarias, es la cotidianidad experimentada por otros medios, por las artes de hacer; lo extra-cotidiano en medio de lo cotidiano y viceversa.

8. CONCLUSIONES

El intento de realizar el ritmo-análisis de la calle 18 de San Juan de Pasto en el año 2016, en la actualidad puede mostrar las habilidades de dicha metodología para observar los ritmos y los sonidos e interpretarlos de forma crítica, ya que es evidente que se produjeron cambios profundos en el sitio observado. Este hecho ha suscitado preguntas acerca de la inscripción de los ritmos observados dentro de temporalidades más largas, incluyendo el pasado y el futuro.

Viejas fotografías y rumores hablan de la calle 18 como una apatía inaugural hacia los bordes exteriores de las casas, siendo las fachadas de modelos muy sencillos y rústicos. Los relatos e imágenes de antaño dan cuenta de que hasta hace poco la calle 18 no definía del todo sus esquinas, sus cruces y las direcciones, por lo tanto, los problemas de tráfico y de ruido eran mínimos.

Las casas se situaban dispersas, un tanto separadas, cada aparición operaba como una célula individual, independiente de cualquier boceto urbano. La calle se mostraba con tramos totalmente indefinidos, los atributos espaciales, los significados, las manifestaciones sociales se han ido incorporando a través de procesos graduales resignificando los espacios urbanos.

La calle 18, y sus espacios y sus sonidos, es marcada por la transformación del territorio, que es a la vez, una acción intelectual intencionada.

Cabe resaltar, entonces, que los espacios públicos crean nuevas necesidades diferentes a los objetivos gubernamentales. Aunque su infraestructura choca con el diario vivir, las interrelaciones con el espacio-tiempo conducen a descubrir nuevas funciones, obligaciones y sonidos. Es decir, que la ciudad al mismo tiempo que es planificada también es reinventada por todos aquellos que la frecuentan y la practican. Debido a los trastocamientos, las concentraciones urbanas, las injusticias, hay una redistribución de las partes y funciones, que se enriquecen con

nuevos atributos llevados a cabo por el universo simbólico social. La planificación exógena no deja de producir efectos contrarios a los que realmente busca.

Los nombres de la calle se pierden a medida que desaparecen las placas. El nombre se aparta del lugar del que alguna vez hizo parte. Otros sonidos se encastran en el lenguaje para referirse y orientarse en las calles. Los pasos junto a las direcciones u orientaciones demuestran el deterioro de los nombres. Espacios del olvido susceptibles de ser ocupados. Insinúan otros viajes sonoros entre el orden y la historia.

Los nombres, sean números o palabras, vienen a ser autoridades, por ende, su existencia, permanencia y simbología es provisional. En las placas duerme un pasado, otros nombres, irremediablemente, obedecen a otros rumores, entonces, a otros sonidos también.

La calle 18 aloja en su historia momentos que marcan la vida de los pobladores. Algunas cosas quedan en la memoria otras se esfumaron.

El poder político siempre acapara la dominación del espacio público. Las plazas, los parques, los monumentos tienen significados políticos. No obstante, el hombre ha descubierto diversos artilugios para ser libre en la ciudad a pesar del Estado.

Por consiguiente, los espacios forman parte de las decisiones de las administraciones de los entes políticos, cuya actuación obliga a la modificación del uso del tiempo y del espacio-tiempo, y por ende, del entorno acústico. Las entidades gubernamentales poseen el control remoto para repartir y derogar los lugares para estacionar, horarios para vender y qué vender, zonas de tolerancia, zonas de expansión. No obstante, cada decisión externa propaga, también, mil maneras de romper las reglas.

El ciudadano siente a profundidad los cambios y no los asimila al instante, por tal motivo, se comporta de una manera no política a partir de diferenciar entre el tiempo vivido y el estatal. El tiempo social (el tiempo no calculable) intenta hacerse a un lado del tiempo medido, cuantificado.

Así el espacio se transforma en zona de encuentros, juegos, maniobras, negocios; **el espacio se teatraliza.**

En este sentido, el cuerpo en relación con los objetos se transforma y se expande según las necesidades, a la vez que, un objeto en interrelación con el hombre multiplica las posibilidades de sus funciones; realiza más cosas siendo la misma cosa y sobrepasa los límites del objeto como tal. En consecuencia, todo contacto con los objetos del exterior e interior de calle desatará resonancias sonoras que no son permanentes por el simple hecho de derivar de los rituales urbanos. Cada segmento del espacio, y dependiendo del tiempo, en relación con las cosas y los objetos entonan sonidos diferentes y, a su vez, cada objeto (que no son cosas) tiene su lugar en el lugar, por tanto, cada uno tiene su tiempo.

La teatralización del espacio tiene lugar en la modificación y transformación del tiempo (que no se desliga del espacio), de las cosas y los objetos, de las normas, en el contacto con el otro y con otros lugares. Por ejemplo, se supone que el mundo moderno aspira a ser sin olor: higiénico. Empero, en la Plaza del Carnaval y en la Plazuela de la Merced, y una parte del Parque Infantil, los olores parecen no obedecer a los ritmos (similar al tráfico en horas punta). A través de los ritmos fisiológicos parte de la sociedad se resiste a los modelos y códigos promovidos y propagados por entes externos. Así, el espacio-tiempo infatigablemente acarrea una gama diversa y distorsionada de apropiación. Algunas personas ya se han acostumbrado al perfume de ciertos sectores de la calle. Si no se está preparado cuesta demasiado trabajo acostumbrarse al olor, como también lo cuesta con el ruido. Entonces, es indudable que los sentidos corporales pueden ser instruidos dependiendo de la cultura a la que se pertenece.

Además, el tiempo muestra sonidos y movimientos diferentes en cada pulso. El espacio entre cada pulso se va modificando; tiempo y espacio se comprometen en cada latido. El tiempo se desfigura, el reloj no tiene ni idea de lo que pasa en la calle.

El fin de semana cada sector de la calle 18 construye espacios íntimos y efímeros que dependen del tiempo, de las actividades y de los personajes adscritos al lugar. Según la hora, el espacio se divide en lotes sonoros. Se fragmenta para las señales de tránsito, para el comercio, para el transeúnte, para las diversas formas de promocionar el trabajo formal e informal, etc. La sinfonía es constante. Las esquinas, por su lado, aparecen con diferentes dueños en el día y en la noche. Las esquinas y las aceras no ofrecen los mismos productos en el día que en la noche, por lo tanto, tampoco los mismos sonidos. Cada actividad es protagonista del ambiente sonoro que en la calle se amplifica.

Los actores manejan espacios que no se ven porque ya se han transformado. La noche y el día se repiten en la diferencia. Se repite el espacio pero no la misma noche ni el mismo día y en cada fracción de tiempo el espacio tampoco se repite porque se transforma.

La zona de la Alcaldía del centro, por ejemplo, es solo para el tráfico. De lunes a viernes este sector presenta una dinámica diferente a los fines de semana, la noche es otra presencia en el mismo espacio. Para el transeúnte nocturno inexperimentado un lugar solitario junto con el silencio es un lugar peligroso e inseguro; la inseguridad pone en duda los espacios públicos.

El hombre percibe significados donde antes había sonido, por tanto, el sonido no es real la manera de escucharlo sí. En la noche los objetos y los espacios pierden reconocimiento. El espacio y los objetos se desrealizan en la pérdida de sentido, hasta el punto de que el semáforo deja de existir para ser tan sólo un juego de luces en una superficie indefinida.

El espacio-tiempo se altera para el itinerario nocturno de donde germina, a su vez, el itinerario sonoro nocturno del espacio en particular.

El tiempo es diferente al uso del tiempo, pero los dos se complementan. Los días de descanso no hay descanso, los fines de semana y la noche enseñan su estallido.

A menudo, la noche, los fines de semana, las horas de receso modifican las actividades laborales obligando a presenciar la transformación del espacio, las maneras de ser y estar en el espacio. La angustia de la noche no es la misma en la Plaza del Carnaval que en el Parque Infantil; dependiendo del espacio, el cuerpo siente la noche fragmentada.

No es fácil acostumbrarse a los regímenes de la noche, solo el permanente contacto hace posible la familiaridad con la clandestinidad. La noche tiene sus reglamentos, quien ingrese en ella está obligado al adiestramiento mutuo personal por medio del adiestramiento exógeno.

La noche se vive de diferentes maneras según el espacio-tiempo. Los estatutos de la noche decretan las conductas nocturnas. Se trata del propio aprendizaje desde la constante interacción. Algunos ya se acostumbraron a las condiciones de existencia (ancianos indigentes, vendedores viejos) y creen pertinente desplazarse o trabajar en la relativa angustia, oscuridad, silencio: cotidianidad nocturna.

Todo lugar tiene una vestimenta diferente después de que se esconde el sol. Los candados vuelven a su sitio. Otras voces, otros personajes aparecen, incluso hasta otros olores hacen presencia; calles solitarias repletas de significado. La noche acarrea otra modalidad de escucha despojada de las referencias sonoras diurnas.

Mientras el sonido permanece se descubre la presencia de la ciudad. El hombre nunca deja de moverse. El sonido no cesa nunca, el mismo a cada hora es diferente, pero no desaparece nunca. Los ruidos se encarnan y acompañan con su constancia a la calle 18. El recorrido reconoce la permanencia de la sonoridad y la sagacidad de multiplicar su intensidad. Los sistemas de transporte, los medios de comunicación no conocen pausa. El sonido en la calle viene de afuera, es impuesto. Por más que cada uno contribuya con una dosis de decibel, la acústica urbana se la siente ajena, extraña y, por sobre todo, constante.

Al amanecer la Calle 18 es lenta y algo silenciosa. “La 18” habla callada, conserva varias resonancias a pesar del relativo mutismo. Todo suena porque todo se mueve, las ciudades no descansan, igualmente, el planeta tierra rota y se traslada todo el tiempo.

También, cada espacio-tiempo hace parte de los ritmos naturales que ya han terminado y que vuelven a reiniciar: el amanecer siempre es nuevo, abre el paso a lo cotidiano; como si la diferencia le abriera sus puertas a la repetición. El amanecer renueva los ritmos del cuerpo entre tanto entra al reinicio de un nuevo inicio; repetición y diferencia. Un nuevo día en la monotonía citadina.

Cada periodo de tiempo, y dependiendo del espacio y las actividades, poseen sus sonidos propios. Los sonidos del pasado guardan su profundidad. La ausencia de animales recuerda el chasquido del látigo del caballo y su carreta pasando por las calles empedradas. Más adelante, con la multiplicación de las actividades laborales y de la técnica, el ambiente sonoro se va modificado paulatinamente.

El ser social, como actor de la obra cotidiana, crea y se construye a sí mismo desplazando la atención de los entes externos a la creación anónima (que no se comercia) y que nace de la práctica de la distorsión en el uso de las cosas, de los productos, el espacio y el tiempo. Cualquier suerte de interrelación da pie a diversas creaciones clandestinas, desconocidas e ignoradas que nacen, desaparecen o se renuevan.

El fin de semana al amanecer “la 18” suena tal cual se muestra: vacía, muda, sobretodo el domingo. La abundancia de ausencias hace parte de la monotonía de “la 18” y más aún cuando la gente duerme.

El amanecer, la mañana, el medio día, la tarde, la noche se sintonizan diariamente con sus dinámicas propias creando, a la vez, sus propios sonidos. Dependiendo del espacio-tiempo, el viernes y el sábado en la noche, la fiesta, la rumba se toman prestado gran parte de la Calle 18.

Los domingos, en cambio, en horas de la tarde y la noche, la calle manifiesta un aparente silencio. El domingo en la noche el mutismo de la calle prepara a la ciudad para la entrada de las jornadas laborales de donde se observa que un buen segmento de los sonidos de la urbe son el producto de las actividades laborales. Los horarios de oficina tienen demasiada influencia en los sonidos ciudadanos. El domingo, por su parte, se destina al cuerpo, el séptimo día le pertenece al cuerpo.

Cada lugar de la calle 18 alberga todo tipo de personajes y recordar sus imágenes es recordar sus relatos, esto es, el sonido de sus palabras cargado de símbolos culturales históricamente contruidos. Desde Le Breton, la palabra es símbolo cultural hecho sonido. Así mismo, recordar un sonido es evocar el panorama de la imagen del lugar. Los recuerdos tienen lugar en la interacción de todos los sentidos corporales.

El cuerpo se mueve junto con la urbe, el hombre da cuenta del mundo a través de los sentidos corporales. El pasado o el recuerdo se estimulan ante un olor, un sonido, un contacto, un sabor, una imagen, son la apertura para la presencia o para revivir la conciencia de sí mismo ante el espectáculo del entorno porque el oído no es un simple receptor acústico, remite a una memoria, a una experiencia, también se corrige; sus códigos no son un conglomerado de datos sino la aprehensión sensible del mundo. De esta manera, detenerse a escuchar el ritmo de la calle es presenciar la diferencia sonora entre un sitio y otro, entre un tiempo y otro.

Los avances tecnológicos, el mercado introducen un nuevo régimen de ruidos y remodelan las sensibilidades sonoras. Aparecen nuevos sonidos y nuevas maneras de usarlos y de responder a ellos.

Cada comunidad humana ocupa un universo acústico propio, pautado por las ceremonias colectivas, las tecnologías presentes, los ciclos naturales, el entorno... este universo nunca es

dado de una vez para siempre, sino que varía al cabo de su historia e incluso de las estaciones, el clima.

La ciudad impone sus alaridos todo el tiempo. Para el tráfico vehicular nunca hay tiempo para respetar el espacio del peatón y mucho menos el espacio vital sónico. La cacofonía que emerge, de tal hecho, es la réplica del afán e impaciencia de la gente manifiesta en la pésima educación ciudadana; no estamos educados para el tráfico, ni mucho menos para el ruido.

Así, el tiempo y el espacio se sonorizan. Ciertamente en horas pico, los vehículos no conocen de cultura ciudadana o de tolerancia, pero poco a poco estas actitudes llegan a ser parte de la cultura.

Penosamente las personas se van acostumbrando al ruido o a una fuerte presión sonora y termina por trabajar, dormir, escribir, leer o comer, por vivir en un medio ruidoso, lo que no deja de tener consecuencias en la salud y en las conductas colectivas.

Siguiendo a Lefebvre, se podría decir que la interpretación del ruido urbano, a través de los ritmos, corrobora que el poder político tiene mucho que ver con el caos aparente, ellos toman las decisiones sobre el cuerpo social que no conoce. Bastaría, entonces, con cambiar la gente establecida para erradicar lo establecido.

Así, los fines de semana establecen otro horario: un tiempo dentro de otro tiempo en que emergen obligaciones que no vienen de afuera, en definitiva, la construcción del imaginario. La calle señala una cosa, el reloj dice otra. El tiempo es un producto social. El espacio y el tiempo se dividen en rebanadas: por un lado se vive y por el otro se comercia.

Todo se comercia. Las cuerdas vocales amplifican los productos ofrecidos, la voz humana es monopolio de la publicidad de la venta ambulante. Los vicios también entran en la cotidianidad, hacen parte del rumor, de la noche, de lo oscuro, del silencio, de otras resonancias.

El fin de semana remueve todo en la ciudad: publicidad, eventos, juegos, trabajo, seguridad, planes, transporte, vida urbana. Los fines de semana son lapsos cortos de tiempo de un tiempo exógeno y laboral.

La cotidianidad de la calle produce ritmos y sonidos diferentes a cada momento. La corneta de la mazamorra, las canciones desesperantes del camión de la basura, la campanilla del “carro del gas” son resonancias que se traducen en los sonidos propios de las interrelaciones sociales, se vuelven internos, permanecen un largo momento a pesar de la fugacidad.

El ser humano podría reconocer cientos de sonidos en un solo instante, para ello se vale de categorías mentales para distinguirlos. La sociedad produce nuevos sonidos y el hombre está inmerso en el aprendizaje de nuevas distinciones. Por lo tanto, el mismo uso del espacio guía la prolongación del espacio mismo. El espacio se prolonga porque es imaginario, es decir, social, o sea, cultural. Las personas no miran, ni escuchan, ni huelen, ni actúan sino según su pertenencia social y cultural.

En los sonidos, en los olores se plasma un fragmento del autoretrato de la cultura. Los ritmos fisiológicos son condicionados por el entorno social. Así, los malos olores, el ruido ponen en duda la existencia del espacio, son información y puede dar cuenta de un pequeño fragmento de la vida cotidiana y de tiempos pasados.

Y de un lugar a otro los perjuicios sonoros no serán los mismos, puesto que las diferencias sociales y culturales difieren.

Sin contar el domingo, el fin de semana en la noche, generalmente, las conductas acústicas bulliciosas acompañan la calle (Parque Infantil, Cámara de Comercio); las prácticas de los jóvenes y vendedores ambulantes se amplifican en el ambiente junto al tráfico que se une.

“La 18” presenta distintas maneras acústicas que caracterizan a grupos y espacios en relación con el tiempo. Cada lugar puede ser otro dependiendo del tiempo. Cada cual participa del ruido a su manera para hacer valer su presencia. Así, ciertos sonidos al servicio del grupo demuestran la eficacia simbólica (del uso del sonido) que se interioriza en el cuerpo como comportamientos aprendidos. La música (así como el ruido, el sonido) no tiene incidencia alguna si se la escucha fuera de las circunstancias vinculadas con la ceremonia; solo actúa si se reúnen las condiciones propicias enumeradas por la cultura.

Más sin embargo, la subjetividad del sonido, a menudo produce notorias contradicciones entre los miembros de una misma comunidad. Las disparidades de resonancias consiguen el uso de las prevenciones y transforman la atmósfera del lugar.

Una canción liberada más allá de sus límites se convierte en ruido. El ruido se introduce en espacios ajenos generando la sensación de violación de la tranquilidad. La rumba del fin de semana es el resultado de las actividades laborales diarias, es la cotidianidad experimentada por otros medios, por las artes de hacer; lo extra-cotidiano en medio de lo cotidiano y viceversa.

En definitiva, el ruido del fin de semana en la calle 18 tiene sus protagonistas en el tráfico y en las actividades comerciales. Variedad de sonidos se presentan, cada lugar posee sus sonidos característicos dependiendo del tiempo.

Al momento de captura y registrar los sonidos de la calle la cartografía sonora mostraba el ejercicio de localizar geográficamente los sonidos, que aparentemente parecen interesantes. Pero el trabajo de investigación parte y concluye que todos los sonidos son interesantes a partir de observar el entorno de manera auditiva, con los ojos del oído.

Diferentes tipologías de paisajes sonoros se avivan como herramienta de interpretación de la cotidianidad humana y corroboran que en la calle 18 no hay una cultura del sonido. Los establecimientos colocan música que los clientes no escogen, el tráfico no se detiene, ataca con

sus bocinas; Sayco y Acinpro con sus impuestos llena los establecimientos comerciales con sonidos de emisora.

El ambiente es variado pero bastante cargado de ruido. Desde la educación se podría velar por ruidos más amables, el ruido podría ser más amable, es posible incentivar las diferentes formas de escucha, incluso cosas que nos molestan.

El ruido puede promover a instaurar una Presión social sobre las cosas que nos molestan ¿por qué existen esos ruidos? ¿Por qué tenemos que convivir con eso?

El oído es una poderosa arma al servicio de la educación.

BIBLIOGRAFÍA

- Baigorri Antonio, “Apuntes para una Sociología del Ruido”, Conferencia inaugural en las I Jornadas sobre Actividades Molestas en los Municipios, Federación Española de Municipios y Provincias, Cáceres, 1992
- Barenboim Daniel, “El Sonido es Vida. El Poder de la música”, Editorial Norma, Bogotá – Colombia, 2008
- Benjamin Walter, “La Obra de Arte en la Época de su Reproducibilidad Técnica”, Editorial Ítaca, México DF, 2003
- Berger Peter, Luckmann Thomas, “La construcción Social de la Realidad”, Editorial Amorrortu, Buenos Aires-Argentina, 1967, 1993
- Bourdieu Pierre, “La Miseria del Mundo”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires – Argentina, 1999
- Bourdieu Pierre, Wacquant Loic, “Una Invitación a la Sociología Reflexiva” Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2008
- Bourdieu Pierre, “Sociología y Cultura. Espacio Social y Génesis de las Clases”, Ediciones Grijalbo, México DF, 1990
- Cage, Jhon, “El Silencio”, Ardora Ediciones, Madrid-España, 2002
- Cassirer, Ernst, “Filosofía de las Formas Simbólicas I (El Lenguaje)”, Fondo de Cultura Económica, México, 1985
- Cassirer, Ernst, “Filosofía de las Formas Simbólicas II (El Pensamiento Mítico)”, Fondo de Cultura Económica, México, 1995
- Castoriadis Cornelius, “Lo Imaginario: La Creación en el Dominio Socio-Histórico en los Dominios del Hombre. Encrucijadas del Laberinto”, Barcelona, Ed. Gedisa, 1988.

Corporación Autónoma Regional de Nariño: Corponariño. Subdirección de Conocimiento y Evaluación Ambiental, “Documento de Actualización de Mediciones de los Mapas de Ruido de las cabeceras municipales de Pasto, Ipiales y Tumaco, San Juan de Pasto – Nariño, 2013.

Documental: “Territorio Táctil: Un Paisaje Sonoro de Medellín”, Colaboratorio. Taller Público de Experimentación, Museo de Arte Moderno, Medellín-Colombia.

Doctorado Interfacultades de Salud Pública, Universidad Nacional de Colombia OPS/Ministerio de Salud y Protección Social, “Lineamiento para la Vigilancia Sanitaria y Ambiental de los Efectos en la Salud y la Calidad de vida Asociados a la Contaminación por Ruido en Áreas Urbanas”, Carta Acuerdo CO/LOA /1100037.001 Ministerio de Salud y la Protección Social - Organización Panamericana de la Salud, Bogotá, Julio de 2012.

De Certeau Michel, “La Invención de lo Cotidiano. Artes de Hacer”, Universidad Iberoamericana – Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, México DF, 2007.

Fortuna Carlos, “La Ciudad de los Sonidos. Una Heurística de la Sensibilidad en los Paisajes Urbanos Contemporáneos”, Cuadernos de Antropología Social, No 30, ISSN: 0327-3776, 2009.

Gonzáles Riquelme Alicia Paz, Basurto Salazar Eduardo, “Las Esquinas. Arquitectura y ciudad”, Revista Diseño Urbano, Métodos y sistemas, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Grupo de trabajo Urbe y Ruido,” Medellín, un valle de ruidos: Una aproximación sociológica al estudio del ruido urbano” Seminario de Especialidad Urbana I y II, Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia, Edición y redacción: Ana Lucía Escobar Velásquez y Omar Alonso Urán Arenas, Semestre 01 de 2011.

Hernández Mendo Antonio, Morales Sánchez Verónica, “Ocio, Tiempo Libre y Animación Sociocultural”, Universidad de Málaga, Departamento de Psicología Social, Ciencia Deporte y Cultura física/ vol. 1. Núm.1, Colima, Invierno 2005.

Lefebvre Henri, “La Revolución Urbana”, Alianza Editorial, Madrid – España, 1983.

Lefebvre Henri, “Elementos de Ritmoanálisis: Introducción al Conocimiento de los Ritmos”, Editorial Syllepse, Francia-París, 1992

Lefebvre Henri, “Elementos de Ritmoanálisis: Espacio, Tiempo y Vida Cotidiana”, Editorial Continuum, Londres, 2004.

Le Breton David, “El Sabor del Mundo: Una Antropología de los Sentidos”, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires–Argentina, 2007.

Maffesoli Michel, “De la Orgía. Una Aproximación Sociológica”, Editorial Ariel S.A, Barcelona-España, 1996.

Montano Rodríguez Walter A, Pascal María C., LA SEMANA DEL SONIDO, “El ruido hace a la modernidad, o la modernidad hace el ruido. Una aproximación a la Sociología del Ruido”, Laboratorio de Acústica Joseph Sauveur, ARQUICUST, Lima-Perú; Universidad Autónoma de Entre Ríos, Programa de Geografía, Concepción del Uruguay, Entre Ríos, Rosario-Argentina, 12, 19 y 23 de mayo, 2014.

Ministerio de Educación Nacional, Instituto Nacional para Sordos (INSOR), “El Ruido”, Bogotá D.C., Diciembre, 2004.

Murray Schafer Raymond, “El Paisaje Sonoro y la Afinación del Mundo”, Editorial Intermedio, Barcelona-España, 2013.

Narváez E Carmen Ofelia. Ortiz N Wilma Támara. Pabón Guerrero Rosa, “PERCEPCIÓN Y PROCEPCIÓN DE LOS HABITANTES DE LA CIUDAD DE SAN JUAN DE PASTO

frente a la contaminación ambiental por ruido producida por el flujo vehicular”, Revista UNIMAR, Universidad Mariana, San Juan de Pasto – Nariño, 2008.

Pardo José Luis, “Esto no es Música. Introducción al Malestar en la Cultura de Masas”, Galaxia Gutenberg, Barcelona-España, 2008.

Perla Olivia Rodríguez Reséndiz, “Contexto y Desafíos de los Archivos Sonoros en la Era Digital”, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, UNAM, Disponible en línea.

Proyecto: Capacitación para Profesionales del Sector Ambiental - Ministerio del Medio Ambiente – ICFES, Programa Ambiental – Crédito BID, “Control Ambiental del Ruido”, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga-Colombia, Noviembre, 1997.

Russolo, Luigi, “L’Arte dei Rumori”, “El Arte de los Ruidos. Manifiesto Futurista”, Edizioni Futuriste di “Poesía”, Milán-Italia, 1916

Revol Claire, “La Rue Rambuteau Hoy: El Ritmoanálisis en Práctica”, Facultad de Filosofía, Universidad Jean Moulin, Lyon – Francia, Junio de 2011.

Silva Armando, “Imaginaris Urbanos. Cuarta Edición Aumentada”, Tercer Mundo Editores, Bogotá-Colombia, 2000.

Simmel Georg, “Sociología y Epistemología”, Publicaciones PUF, París – Francia, 1981

Simmel Georg, “Sobre la Aventura. Ensayos Filosóficos”, Ediciones Península, Barcelona – España, Diciembre de 1988

Tourine Alain, “Un Nuevo Paradigma para Comprender el Mundo Hoy”, Editorial Paidós, Barcelona- España, 2005.